

LUIS HERRERA ORIA, S. J.



## UN PARAISO EN MEDIO DEL OCEANO

LO QUE ES LA ISLA DE PONAPÉ

*Carta primera*

Sra. D.<sup>a</sup> Victorina de Larrínaga.

Mi muy estimada y respetada señora: Pasé a fines de Octubre tres días de imperecedero recuerdo en Bériz, respirando aires de pureza, de dignidad y de heroico espíritu de sacrificio alegre y magnánimo. Disfruté allí como nunca; y no menos disfruté en Elorrio durante las fugaces horas que me fué permitido volver a charlar íntima y efusivamente con quien yo veía se interesaba en saber de aquellas islitas cuya imagen llevo esculpida en el corazón y cuya memoria me acompañará mientras viva.

Ahora recibo carta de Bériz en que me piden diga por escrito algo de lo mucho que a religiosas y alumnas dije en los locutorios. No

me sobra tiempo, pero no quiero dejar de complacerlas.

Por hoy diré a usted, para que se lo comunique a ellas, cuatro cosas generales sobre la isla de Ponapé, donde viví felicísimo más de tres años y donde han de estar como en un paraíso las cinco afortunadas que el Señor trasplanta del jardín de Bériz.

\* \* \*

Era el mes de Abril de 1921; quince días llevábamos por el mar desde nuestra salida del puerto japonés de Yokoska, cuando un domingo por la mañana, al subir al puente, divisamos la isla de Ponapé; ¡con qué alegría! No sospechaba yo entonces que tres años más tarde, en Mayo de 1924, iba a pasarme inmóvil y tristísimo, con los ojos clavados en ella, en pie sobre el puente de otro barco, las dos horas largas que tardamos en perderla de vista; ¡qué adiós más profundo! ¡qué desgarradura en el alma!

Lo primero que se ofrece de la isla de Ponapé al navegante que baja del Noroeste, son los altos montes, alguno de hasta 800 metros, y un peñón disforme y negro de basalto que avanza hacia el mar por aquella parte, *paipalap* en lengua indígena, y que más de una vez

me sirvió para explicar a mis indios la inmovilidad de la roca de Pedro.

Según el barco se acerca, se van marcando los contornos sinuosos de la isla, poblada en su parte inferior de ricos palmares de cocoteros, y en las alturas de árboles y malezas cerradísimas; aparecen los tupidos manglares de la costa, de intenso verde esmeralda, y se ve la espuma del mar que rompe en el arrecife de corales que a manera de muro y de corona rodea toda la isla a varios kilómetros de distancia. Gracias a esta defensa natural, se puede navegar toda la costa en las frágiles y movibles canoas de los indios, y los barcos de alto bordo fondean seguros, penetrando en la grandiosa laguna por la boca suficientemente capaz que ofrece un espacio en que falta el arrecife.

Anclados en este espléndido puerto, a buena distancia de la orilla, lo primero que vieron nuestros ojos fué la iglesia, cuya única y amplia nave se acusaba al exterior por el valiente extradós de su bóveda de medio cañón, y cuya torre, de puro estilo románico, descollaba entre las airosas palmeras; un poco más abajo y casi tocando al mar se veía la casita de los misioneros cubierta de cinc pintado de rojo; en otra parte, algo distante de la casa de la misión, aparecían formando grupo varios tinglados y barracas pertenecientes a una facto-

ría japonesa que explota el coco del archipiélago. Fuera de estas sencillas construcciones, no se alcanzaba a ver por aquellas riberas vivienda humana, y se hubiera dicho que íbamos a entrar en una isla sin pobladores; y es que los indios no viven reunidos en pueblos, sino que construyen sus diminutas habitaciones cada cual en tierra de su propiedad a la orilla y entre los árboles, de modo que es difícil distinguirlas a distancia.

Y ahora que ya estamos en Ponapé, digamos, en el orden que vayan ocurriendo, las cosas que pueden interesar a ustedes, de las que allí pasan.

Empecemos por las plantas: La vegetación es exuberante desde el mar a la cima de los montes. Además de los extensos y tupidos manglares, crecen dentro del agua verdaderos bosques formados por árboles corpulentos y muy altos, de excelente madera de construcción, y cuyo transporte, una vez cortados, resulta fácil y económico: derriban los troncos por el pie durante la baja mar, los desmochan y limpian del ramaje, esperan la subida de la marea, y cuando el árbol flota se monta sobre él el indio y con el remo le conduce a donde sea menester.

En la parte próxima al mar abunda muchísimo el cocotero, de superior calidad y muy

productivo: está dando cocos todo el año, y es gloria verlos colgar del arranque de las palmas en copiosos racimos y el suelo cubierto de los maduros que van cayendo.

El plátano crece y se multiplica como en su propio terreno: hay catorce variedades, todas sabrosas y grandemente alimenticias. La piña dulce se da maravillosamente, y las hay que llegan a pesar más de diez kilos: indudablemente superan en tamaño y calidad a las de Cuba.

Hay papayas, mameyes, algunos mangos, finísimos limoneros, y sobre todo el célebre árbol del pan (*mai* le llaman los indios), que resuelve casi él solo el problema de la alimentación de aquellas pobres gentes. El *mai* es mucho mayor que una magnolia, a la que se parece bastante en las hojas y en las ramas; da al año dos o tres cosechas de su fruto, que es redondo y grande cuanto una media calabaza, y que asado en piedras calientes es grato de comer y nutritivo: eso cuando lo asan al natural, porque si le inyectan previamente el jugo de cierta yerba que ellos conocen, queda tan amarillo, untuoso y perfumado que no hay dulce ni primor de repostero que le iguale. Puede decirse que el indio no trabaja sino cuando ha de asar el *mai* y cuando, a golpe de machete, limpia de malezas el pie de los cocoteros.

Encuétrase también el árbol de la nipa, elegante y altísima palmera que da la llamada piña de marfil, y cuyas palmas, bien entretejidas, se emplean para cubrir las rústicas viviendas de los indios.

En el suelo, además de la piña, vive y madura la caña de azúcar, el café, tabaco, maíz, la batata dulce, la tapioca; y es de suponer que se darían otras mil plantas útiles cuyo cultivo aún no se ha ensayado; pero el indio apenas se preocupa de ninguna de estas cosas ricas, y eso que es ciego por el tabaco; mas, por no trabajar, prefiere comprarlo a los japoneses, que así vuelven a quedarse bonitamente con los *yens* que le dan por sus cocos. Para el carolino la planta por excelencia, la única que le importa seriamente, es el *kep*, tubérculo bastísimo que llega a pesar hasta treinta y cuarenta kilos y que, con el *mai*, completa la comida ordinaria de aquellos naturales: digo la ordinaria, porque los días de *Kamatip*, o sea banquete, hacen degollina de cerdos y perros, que devoran medio crudos.

La yerba crece furiosamente por todas partes y es de muy buena calidad para el ganado; con ella se pueden criar vacas, cabras y ovejas sin fin.

No he de omitir la endiablada raíz de la que extraen el *wain*, licor narcotizante por el que



son apasionados los hombres y no pocas mujeres: en ninguna tribu falta abundante plantación de este enemigo del alma y de la salud, ni una, dos o más grandes piedras planas donde se golpean esas raíces con guijarros, hasta reducirlas a papilla que, exprimida después dentro de anchas hojas, suelta un líquido achocolatado que van recibiendo en medias cáscaras de coco y bebiéndoselo con ansia hasta que caen en un sopor que lo mismo puede durar seis horas que veinte. Mucha campaña hicimos desde el principio contra este vicio y algo se iba remediando, pero ¡cuándo se desarraigará del todo!



Por lo que hace a la fauna, empecemos por decir, para que sea amable la isla en todos sus aspectos, que no hay culebras ni animales fieros ni venenosos: sólo se encuentra en sitios húmedos o donde hay restos vegetales en descomposición, una especie de ciempiés, negro y largo como tres centímetros, que produce, al ser pisado por el pie descalzo, una picadura sumamente dolorosa y que atormenta durante varias horas con hinchazón de la pierna hasta la rodilla: tocando la herida con agua amoniacal se neutraliza el veneno ácido inoculado

y cesa el dolor y la hinchazón, que de cualquiera manera nunca es peligrosa.

Mosquitos hay poquísimos en la parte donde está la casa de las Madres por la constancia con que allí soplan los vientos del mar: rara vez se hace preciso dormir con mosquitero. Tampoco molestan las cucarachas y ratones como en las Marianas, donde son verdadera plaga. Abundan lagartos y lagartijas que viven fácilmente con los indios a favor de la nipa de las techumbres, pero que en las casitas de la misión, cubiertas de cinc, no entran, y menos si se tienen gatos, que allí se crían muy bien.

El cuidado de las vacas y de las cabras no da ninguna pesadumbre: las vacas no necesitan establo; para las cabras conviene tener un aprisco cubierto que durante la noche les defiende del aguacero. Unas y otras encuentran entre los cocoteros cuanto pasto han menester. La leche de las cabras es muy rica y mantecosa, y los cabritos se multiplican que es una bendición: se puede calcular que una cabra con otra da cinco crías al año.

Nosotros no teníamos ovejas: creo que las Madres harían bien en pedir se las mandasen del Japón.

Las gallinas picotean muy a su sabor entre la yerba, comen bien coco picado y son pone-

doras si se cuida de darles arroz o maíz. Los cerdos engordan maravillosamente con los cocos, y hasta plátanos se les dan que, como hay tantos, no es lujo compartirlos con estos animaluchos.

Patos no abundan en Ponapé, pero se pueden buscar fácilmente en islas vecinas (Pingilap, Nukuor) donde hay grandes bandadas.

Ciertamente no había de pesar a las misioneras pedir al Padre procurador de Tokio algunas parejas de conejitos.

\* \* \*

La pesca de aquel mar es variada y copiosísima: ¡cuántas veces al ir de noche en la canoa tuve que llevar la mano sobre los ojos por temor de que pudiera herirme alguno de los no pequeños peces que cruzaban de una y otra parte ofuscados por la luz de mi linterna!

Cuatro procedimientos emplean los indígenas para pescar: la red, el anzuelo, una especie de venablo arrojadizo y el machete. Con éste no pescan más que en las noches de novilunio: es espectáculo fantástico, que las Madres podrán contemplar desde su casita. Van los pescadores sobre los bajos, alumbrándose con grandes haces de palmas secas; los peces de todos los tamaños, algunos muy grandes, están esas noches descansando sobre las pie-

dras del fondo, y no hay sino clavarlos con el machete y echarlos a la canoa. Estando yo allí se dió el caso de coger un solo indio, por este sistema, trescientos peces en una noche.

No faltan cangrejos grandes y sabrosos de comer; se pueden conseguir cuantos se desean encargándolos a especialistas en este oficio. Tengo para mí que dije a las Madres misioneras que, cuando necesiten cangrejos, avisen a la buena Isabel, la mujer de Domingo, el filipino que vive cerca de la casa de la misión.

También se cogen tortugas, aunque por lo perseguidas que han sido, van escaseando.

\* \* \*

La indumentaria del carolino es de lo más elemental: taparrabos de filamentos de palma, o de tela: lo mismo hombres que mujeres; los hombres a todo evento, y las mujeres y niñas sólo cuando están entre los suyos; que, si han de aparecer al público y sobre todo ante el misionero, van honestamente cubiertas desde el cuello a los tobillos con una bata de hechura simplicísima. Por eso es obra de caridad y de moralización proporcionarles telas ligeritas y aún mejor las batas hechas, sin olvidarse de que también en Ponapé hay moda, y que lo que no se ajuste a ella no se lo ponen. En Bériz dejé modelo de estas batas.

Lo más práctico son percales fuertes. En cuanto a colores, prefieren los de fondo blanco con dibujos en azul o encarnado; también les gustan colores lisos no muy chillones, azul pálido, rosa...

Son asimismo muy prácticos los pañuelos finos para la cabeza; más todavía los velos. Observan con tal rigor lo de ir cubiertas a la iglesia, sobre todo a comulgar, que muchas veces cuando les daba el Santísimo Sacramento me hacían sonreír las niñas que, a falta de otra cosa, se acercaban con la manita sobre la cabeza.

Entre los hombres se va generalizando el uso de la camiseta y hasta del pantalón blanco; si bien estas elegancias las reservan para vestir; que para las faenas cotidianas y para andar en la canoa les resulta más cómodo el taparrabos.

\* \* \*

El carácter es afable y manso, fácil de llevar y muy respetuoso; son despiertos, de gran disposición para el estudio y para las artes mecánicas, y hombres y mujeres de mucha habilidad de manos. Predomina el tipo cenceño y fino, son muy sociables y de maravillosa aptitud para adquirir formas cultas y elegantes. Muy hospitalarios; a nadie se niega albergue

ni comida, y se consideran muy honrados con obsequiar a quien se presente: más de una vez me ocurrió, andando por aquellos caminos mucho después del medio día, salirme al paso indios protestantes y forzarme a entrar en sus ranchos donde me disponían un banquete de lo mejor que tenían: gallina, huevos, plátano frito...

¡Cuántas, pero cuántas veces, al considerar lo listas y dóciles que eran las niñas de mi doctrina, pensaba yo con pena en lo incompleta que estaba la misión sin religiosas! Gracias al Señor se van a cumplir mis ardientes deseos; y yo aseguro a esas felicísimas que allá manda la Providencia que han de encontrar aún aquí abajo suficiente compensación a sus sacrificios al ver y palpar el fruto inmenso que han de obtener sus afanes en aquellas almitas tan bien dispuestas y tan abandonadas. Tan abandonadas, que ya dije a la R. M. María Loreto que por donde han de empezar es por raparlas con el cero, y en medio del campo, lejos de casa; después darles un fregado de agua caliente y un buen recorrido con petróleo; vestirles ropa nuevecita, y lo demás ya lo harán ellas: que estoy cierto que en cuanto se vean limpias y renovadas, no han de ser precisas muchas amonestaciones para habituarlas al aseo; porque terminará la obra su buen juicio y el sentido

de la delicadeza que poseen en alto grado. Son inclinadísimas a la música, y aunque las voces no son muy bonitas, cantan con sumo gusto y afinación, y aprenden a la primera cuanto se les enseña.

\* \* \*

¡Es preciosa la labor que aguarda a esas buenas Madres! En primer lugar, van a serlo de criaturitas que apenas saben de amor maternal: ¡cuántas de ellas han sido regaladas el mismo día en que nacieron!; allí no se mata a las niñas ni se las aborrece como en China, pero se les traspasa facilísimamente, y lo mismo a los niños, al primer amigo que los pida y se comprometa a criarlos.

Estas verdaderas huerfanitas han de cobrar mucho cariño a las religiosas y se han de prestar dóciles y sencillas a ser educadas.

En la casita que les da el señor Obispo, podrán tener de cuarenta a cincuenta niñas. Para dormir basta a cada una el petate de palma, que ella misma se proporcionará, y una sábana para cubrirse. La base de la alimentación ha de ser el *kep* y el *mai*, a que están acostumbradas; y no será difícil conseguir que a cada una la abastezcan, de lo que de esto vaya necesitando, sus padres o los que de ellas se han hecho cargo. Sobre esto, para criarlas más ro-

bustas, convendría añadir algo de arroz, plátano y carne de cerdo; como extraordinario, esto último.

Como podrán cultivar cuanto maíz quieran, que puede dar hasta tres cosechas al año, sería buen recurso acostumbrarlas a comer borona.

La escuela japonesa está a dos minutos de la casa y a ella habrán de ir las niñas por la mañana; pero si se consiguiese de alguna japonesa católica de toda confianza que quisiera irse a Ponapé con las Madres a ser profesora de japonés en el colegio, creo que, dadas las buenas relaciones en que está el Gobierno con la Santa Sede, sería fácil obtener que dispensaran a las niñas de la escuela.

\* \* \*

No quiero dejar de decir que la mentira es vicio endémico y casi universal entre las gentes de Ponapé; tienen por tonto a quien no miente.

El clima es cálido: la temperatura ordinaria oscila entre 27° y 30°; rara vez llega a 33°, y nunca baja de 22°; a los 23° ya tiritan los indios.

Gracias al viento, que es constante, el calor no molesta, pero hay que ir muy ligero de ropa y no tener jamás las ventanas cerradas, ni aun de noche.



Lo más práctico para calzado son sandalias o zapatillas de cuero o de badana, bajas y abiertas, con piso de goma; sin medias; las alpargatas para dentro de casa, no para salir, porque se echan a perder con la humedad de la yerba.

\* \* \*

Agua dulce no falta gracias a Dios: por la finca de la misión cruza un mediano arroyo que hace un buen remanso, donde podrán bañarse las niñas todos los días; en la iglesia, junto a la casa de las Madres, hay un grande aljibe que recoge las aguas de lluvia, y ellas pueden poner los depósitos que quieran para aprovechar las que caen sobre la techumbre de su casa.

Las lluvias no son pertinaces: suelen durar pocos minutos, pero son frecuentes, y en alguna época menudean mucho; vienen en forma de aguacero que se siente llegar por el estrépito que produce a su paso sobre el mar y sobre los árboles. Aquí no tenemos idea ni de la magnitud desmesurada de aquellas gotas ni de la violencia y densidad con que caen: baste decir que, yendo por el mar, hay que darse a veces mucha prisa a achicar el agua que dejan en la canoa, para que ésta no se anegue.

El baño diario en agua dulce es indispensa-

ble si se quiere evitar enfermedades de la piel. El sol es bravo, y en el mar ofende un poco cuando reverbera en las aguas: los naturales le resisten a pelo durante un día entero, pero nosotros necesitábamos el casco colonial y a veces también el paraguas.

Y basta por hoy, D.<sup>a</sup> Victorina: me extendería gustosísimo en asunto tan amable, pero no dispongo de más tiempo. Yo prometo a usted que, si ésta no la cansa, han de seguirla otras que serán continuación: ¡tengo tanto que decir! ¡Quisiera tan de veras dar a conocer a usted algunos de los grandes amigos que por allí tengo!

\* \* \*

La Virgen Inmaculada la bendiga y la premie lo mucho que hace y ha de hacer por aquellos hijos de Dios: Ella haga que tenga usted pronto la satisfacción y la gloria de ver en Bériz varias novicias carolinas. Amén, amén.

## Carta segunda

Sra. D.<sup>a</sup> Victorina de Larrinaga.

Mi muy respetada y estimada señora: El modo de vivir de los indios de Ponapé es algo parecido al de los pájaros del aire. Cierto que, de ordinario, cada familia tiene su choza enclavada entre los cocoteros junto al mar; pero la vida del hogar no se conoce, ni su dulce calor: empieza por faltar el mismo hogar físico; cuando hay que asar el *mai* o el *hep*, dos veces por semana, se hace fuego entre los árboles, y estas provisiones guárdanse en canastillas de palmito, de donde las van tomando los de casa o los extraños, sin más regla ni concierto que las exigencias del hambre.

Los ranchos son muy pequeños: tres metros en cuadro, o menos; sobre unas cuantas estacas, tabla toscamente labrada o cañas; lo mismo las paredes, y el techo de nipa; dos huecos fronteros que ni hoja tienen para cerrarse; un solo compartimento.

En las proximidades de las chozas se ven

picotear averíos no muy copiosos que con frecuencia buscan en la orilla caracolutos y peces muy pequeños. La institución del gallinero es desconocida: aprecian muy poco los huevos y no los comen casi nunca; las gallinas los ponen entre la maleza y allí los empollan sin que nadie se entere.

Crían multitud de perros, destinados al sacrificio. Los cerdos conviven fácilmente con las personas; en las chozas puestas sobre estacas, debajo del piso; en las que no están así levantadas, en el interior, con la gente, aunque entonces se hace junto a las paredes un como estrado donde duermen los indios.

De los trabajos más enojosos para el misionero es el de hacer el censo de la población india, no sólo por lo apartadas que están entre sí las viviendas, sino principalmente por el conjunto abigarrado de personas que las habitan. Ya la empresa de dar con los padres naturales de las criaturas resulta ímproba, por lo generalizada que está la costumbre de regalarse los hijos, como si fueran gatos; pero la dificultad se hace insuperable por la frecuencia con que se ponen a vivir juntas personas que no tienen parentesco, y lo aficionados que son a cambiar de residencia. Entra el misionero en un rancho; se sienta donde puede, pero siempre donde corra aire; se quita el casco, que gotea

sudor; coge lápiz y cuaderno, y empieza el calvario; ¡qué de preguntas a cada uno! ¡qué contestaciones más peregrinas! Por allí desfilan hombres, mujeres, niños desnudos, y apenas se saca nada en limpio; de la edad de los más maduros no hay que hablar, ¿qué saben ellos? Después de tres cuartos de hora de fatigoso interrogatorio y de esperar al uno y al otro, pregunta si se ha terminado: "Aún no", responden con la sonrisa en los labios, y, de donde menos se espera, sale otro individuo, como llovido, a dar razón de sí. Me volví de Ponapé sin lograr un empadronamiento como Dios manda.

Para dormir se tiran por el suelo sobre petates de palmito cuantos caben en la habitación, de toda edad y sexo. ¿Le coge a uno el cansancio en el camino? Pues se entra en la primera choza que se ofrece; si hay algo que comer, lo toma; si no, se echa sin cenar entre los que allí habitan. Los niños salen por la mañana y no vuelven hasta la noche; nadie se ocupa de ellos; cuando todavía no saben andar van siempre a horcajadas sobre la cadera de su madre natural o adoptiva; pero, ya grandecitos, viven de la Providencia: desde los siete años, y antes también, les permiten andar solos por el mar; sus mismos padres les construyen canoas diminutas para que naveguen y

para que vayan a la escuela. A la que tenían los japoneses junto a mi casa habían de acudir, desde las ocho de la mañana, todos los niños y niñas de varios kilómetros alrededor. Mucho me gustaba, los días que yo salía al amanecer a decir misa a puntos lejanos, cruzarme en el mar con las alegres flotillas de las canoas de mis niños: unos al remo, otros con velas de lienzo hechas jirones, y, los que más no podían, con ramas de árboles clavadas en la proa, iban camino de la escuela y me saludaban al pasar, entre risas y algazara, con el consabido *¡Kachelelia maiñ Padre!*

No era infrecuente que las inestables embarcaciones dieran la vuelta, echando al agua a los simpáticos pasajeros: cosa que a ellos les tiene sin cuidado, porque hasta los pequeñitos nadan como sardinas, y como no es mucho ni muy precioso el vestido que se les puede mojar, reciben con júbilo el inesperado baño y les sirve de entretenimiento.

El primero de estos naufragios que presencié me alarmó un poco, por tratarse de dos niñas y ser el sitio de mucha profundidad: las vi desde lejos irse al agua, y dije a mi criado Luis que pusiese inmediatamente rumbo hacia ellas para auxiliarlas; él se rió y me dijo que no había cuidado; fuimos, con todo, y las encontré regocijadísimas nadando junto a la vol-

cada embarcación, que iban empujando a ciertos bajos distantes para allí darle la vuelta.

El indio de Ponapé no se concibe sin el machete y la canoa; son estos instrumentos como una extensión de su personalidad. La canoa es para ellos lo que el borriquito para nuestros aldeanos; en ella se trasladan de una parte a otra y en ella transportan las sencillas cargas que por allí circulan: plátanos, sacos de copra, *kep, mai...* O debajo de la misma vivienda, si está levantada y muy a la orilla, o en rústico cobertizo que se le hace, la canoa siempre está a la mano: mientras no ha de navegar tiénesela en seco y bajo techado para impedir se abra con el sol. Llega el indio de un viaje, salta a tierra y tirando de la fácil barquita la deja varada y a buen recaudo; si ha de volver a usarla pronto, no la retira, pero jamás dejará de cubrirla con palmas de cocotero como defensa contra el sol.

La canoa, como todo el mundo sabe, se reduce a un tronco de árbol ahuecado, sin quilla ni distinción entre popa y proa, así que lo mismo se pone la vela a una parte que a otra: para darla más estabilidad le añaden un flotador, pequeño tronco menos largo que ella, distante más de un metro del costado, al que va sujeto por una hábil trabazón de palos y cuerdas.

La vela se iza y se arría con suma rapidez; de los dos palo, que lleva, uno se apoya en la punta de delante y el otro en uno de los bancos, pero sin carlinga: de este modo, cuando no se utiliza, no queda palo enhiesto.

Usan remos cortos en forma de cabos de lanza, y al pasar sobre los bajos, van en pie, empujando en el fondo con largos varaes.

No conocen el vértigo ni el vahído de cabeza, ni se caen nunca: se sostienen, como las aves, aunque sea sobre una caña. Vez hubo en que, para aprovechar el viento favorable de un corto paso, por no tomarse el trabajo de colocar la vela, se me puso Luis de pie en la punta de la canoa con los brazos en cruz, sosteniéndola extendida, sin temor al viento que se la zarandeaba ni a los tumbos que íbamos dando.

Reciben con risas cualquier percance marino: volvíamos una noche de un punto distante e íbamos muy internados lejos de la costa, por sitios de gran profundidad; la obscuridad era negrísima y el viento muy recio, la canoa grande y la vela desmesurada; así que volábamos: yo ya preveía que el frágil palo no había de poder resistir tanto empuje; indudablemente que mejor que yo lo estaban viendo los cinco indios que me acompañaban, pero dirían: "mientras dura, vida y dulzura"; no duró



mucho: vino una ráfaga más violenta, flageándonos con manojos de gruesas gotas, y cascó el palo, echando la vela al mar; yo me inmuté un poco, pero ellos celebraron el lance con grandes risotadas, retiraron del agua la empapada lona, la pusieron debajo de los bancos y empuñaron los remos, tan alegres como si no tuvieran aún cuatro o cinco millas que bogar.

Cuando van ellos solos no temen zozobrar ni les importa, pero llevando al misionero se abstienen de valentías, más que nada, por temor a las burlas de que serían objeto si echasen al Padre a remojo.

En los tres años que me acompañó Luis, con salidas al mar casi diarias, nunca naufragamos: una vez se nos anegó la canoa porque las olas embarcaban mucha agua y no dimos abasto para achicar: yo quedé sentado, sumergido hasta la cintura, él se echó a nadar y, empujando la navecilla, me llevó hasta los bajos. Otra vez volvíamos de la isla de Param con fortísimo viento, saltando sobre las olas, y me dijo sin perturbarse, mientras con una mano hacía esfuerzos para sostener la tirante cuerda de la vela y con la otra gobernaba con el remo:

—Quítese las sandalias.

—¿Por qué?

—Porque vamos a tener que nadar.

Las quité, pero Dios quiso que no nos pasara nada.

Una noche en que íbamos también a toda vela, la gran obscuridad no le permitió ver una roca, y la embestimos con tal ímpetu que la remontó la canoa y se quedó sobre ella.

Para el indio apenas hay distinción entre el día y la noche. Si le da por estar charlando o por viajar de noche, con dormir de día, asunto concluído: como no tiene nunca qué hacer... ¡Caro me salía a mí este desorden en las horas! Decía un enfermo a sus parientes o amigos que fuesen a llamar al Padre; podían ir muy bien de día, pero si tenían entre manos algún asunto que no querían interrumpir, o simplemente por dejadez, iban a buscarme de noche. Hay que advertir que los pobrecillos, en cuanto se encuentran mal, ya están llamando al misionero; del médico no se preocupan, ni le tienen.

Había yo colgado a la puerta de la casa, junto a mi habitación, una sonora esquila, y dado orden al hermano de no levantarse cuando la oyera: ya suponía que a quien llamaban era a mí. Semana hubo que repicó cuatro noches allá a la una o las dos. Levantábame de un salto, me ponía las sandalias y la bata blanca y salía. Dos, tres y a veces cinco hombrones medio desnudos, con un farol roñoso, me aguardaban entre los árboles.

—¿Qué traéis vosotros a estas horas?

—Padre, que Fulano está enfermo y le llama.

—Pero, ¿está grave?

—Padre, se está muriendo.

Bueno: las primeras veces que oí esta respuesta sacaba nervioso el pito de policía que había comprado en Hong-Kong y alborotaba el bosque llamando a Luis para que viniese a ayudarme a tomar el Santísimo; después ya vi que de cualquier enfermo que se tratase siempre decían que se estaba muriendo, para obligarme a ir.

Bajaba con Luis y con mis hombres a la ribera, nos embarcábamos y, unas veces a la luz de la luna, otras a la de mi lámpara de carburo, allá íbamos hasta cinco horas por el mar. Llegábamos a la choza, que solía estar atestada de indios; muchas veces desde la misma canoa me colaba adentro, y se dió con frecuencia el caso de tener que preguntar quién era el enfermo, porque allí todos charlaban y reían, mientras el cigarro apestoso o la pipa mugrienta andaba a la redonda, según la repugnante costumbre del país.

A mi pregunta, contestaba muy tranquilo uno de los presentes, sin inmutarse ni dar excusas: "Yo era, Padre; me dolían las tripas, pero ya no me duelen".

¡Había para matarlos... si no los quisiera uno tanto!

Dien bendiga a usted, D.<sup>a</sup> Victorina.

A LAS ALUMNAS DEL COLEGIO DEL SAGRADO  
CORAZÓN DE LA HABANA

Mis bondadosísimas bienhechoras:

En el barco que salió para Yokoama el 4 de Junio mandé tres sobres dirigidos a esa amada casa contestando a todas vuestras cartitas una por una.

Ya no tendremos barco hasta fines de éste, pero como dentro de unos días me toca hacer el viaje tercero a Ngátik, que no sé lo que durará, quiero prevenirme y dejar asegurada mi carta a ese Cerro, que para mi bien puede llamarse el *Cerro de los Angeles*.

Hoy quiero hablaros de lo que tengo más en el corazón: de mis niños.

Son mi preocupación constante y toda mi esperanza y alegría en mi gran destierro. Bien lo saben ellos, y por lo mismo, mejor dicho, porque Dios les impulsa, me salen al paso en todas partes: parecen esos gatitos mimosos que siempre andan entre los pies; diríase que buscan junto al misionero el calor que no hallan en la familia.

Esta pobre gente no sabe de los deberes del hogar cristiano: se regalan los hijos unos a otros como si fuesen crías de gato; hay quien tiene siete y todos los ha dado; los niños y, lo que es más triste, las niñas no les merecen cuidados mucho mayores que las cabras o las gallinas: se contentan con que vayan viviendo; así andan las infelices criaturas siempre sucias y llenas de miseria; nadie se acuerda de que tienen alma ni de que su corazón necesita algo más que el pedazo de *lep* o de rima fría que se les da para comer.

Además les educan para holgazanes: al niño no se le hace trabajar antes de los quince años; y bien se deja entender que, al llegar a esa edad, han adquirido hábitos de pereza que les duran toda la vida.

Las niñas no saben coser ni nada de lo que necesita una madre de familia; nadie se cuida de su aseo, y, lo que es más doloroso, no hay quien vele por su honestidad.

En las casas no hay más que una habitación donde duermen, tiradas por el suelo, cuantas personas caben, sean o no de la familia.

Digo estas cosas no para que despreciéis a mis niños, ni para desahogar un pesimismo malsano que, gracias a Dios, no siento: las digo para que os compadezcáis de ellos y os intereséis más cada día por su regeneración

espiritual, y para que entendáis mejor la sinceridad de la pena que me consume al verlos tan desgraciados y verme tan sin medios para remediar su desgracia.

No estoy desalentado por lo grave del mal, y éste que ahora lamento, aunque tan hondo, ofrece síntomas que abren mi corazón a gratas esperanzas. Y vamos al aspecto luminoso del asunto.

Son estos niños, ellos y ellas, por lo general muy despiertos; y los hay que revelan aptitudes sobresalientes. Avidos de saber, progresan mucho en el estudio; con rapidez se hacen cargo de las cosas, y, aunque han visto muy poco, nada les maravilla excesivamente ni se asombran a lo palurdo por cualquiera novedad. Poseen disposición para adquirir maneras finas en el trato, y hasta en su tipo físico hay cierta base de elegancia que les distingue mucho de las gentes rústicas de algunos países civilizados. Tienen gran sentido del arte: gustan sobremanera de la música y cantan con gran afinación; la propia música indígena, que aún persiste en algunos fragmentos de antiguos cantos de guerra, dista mucho de ser anárquica y destemplada.

¡Pobres niños! Ahora les ha dado por venirse a dormir a la puerta de mi casa: traen envuelta en hojas de plátano la po-

bre cena y el desayuno, que consiste en un pedazo de rima fría, y en un hatillo la ropa limpia para comulgar, el que la tiene; y ahí se echan tan alegres en el santo suelo en el balconcillo donde tenemos la doctrina. Las vísperas de fiesta se reúnen muchos, y entonces vienen también niñas que se quedan en una casa vacía que hay cerca.

Hasta eso de las nueve les permito estarse jugando entre los árboles, aunque ellos prefieren sentarse a la puerta de la iglesia y estarse allí, repitiendo el Ave Maria, Corazón Santo, y todo lo que saben.

Ahora hemos inventado un juego que les entretiene mucho: hay dos palmeras muy altas a la puerta de la casa; se eligen dos niños, se coloca uno al pie de cada palmera, con una vela encendida en la mano, se hace una señal, y a ver quién trepa antes hasta la copa y vuelve a bajar sin que la vela se apague. Nunca vi cosa igual: suben, no abrazando el árbol, sino poniendo las manos y las plantas de los pies, como si fuera una escalera, y, una vez arriba, se dejan deslizar vertiginosamente. Corren también a ver quién da antes la vuelta a la iglesia con la vela encendida o a quién coge, sólo con los dientes, un limón que flota en un gran balde lleno de agua: es juego muy gracioso: se zambullen como patos; en fin, se

entretienen sin ofender a Dios, y yo gozo mucho, ¡quién me diese bonitas bengalas y globos de papel para dar variedad a estos santos recreos!

Llegada la hora, doy algunas estampitas a los que han ganado, y, puestos de rodillas con sus manitas juntas, rezamos las oraciones de la noche ante un cuadro de la Virgen: después les voy dirigiendo el examen de conciencia en alta voz, y acabamos con el acto de contrición. Se confiesan allí mismo, y, recibida la bendición y prometiéndome que no hablarán durante la noche, se echan en las tablas tan contentos, aunque muchos sin cenar. ¡Qué de buena gana les daríamos el hermano y yo nuestra pobre cena! Pero son muchos, habría que repetir la función casi todas las noches, con peligro de que la cena fuese un reclamo para algunos fingidos, sin contar con que, hoy por hoy, nuestra situación económica no da para tanto lujo.

Con esto entenderéis cuáles serán mis deseos de abrir pronto un colegito donde recoger esta gente menuda, como se hace en otras misiones. El de niñas aún ha de tardar, y no sé si lo veremos algún día; ¡hágase la voluntad de Dios! pero el de niños se puede echar a andar en cuanto se realicen dos condiciones: que me manden otro hermano que pueda en-



cargarse de la vigilancia, y que me salgan las cuentas del arroz. ¡Dios mío, que por cosa tan baja no se impida obra tan de vuestra gloria!

No quiero dejar de deciros, porque sé que os ha de gustar, que la devoción a la Virgen ha prendido en estas almitas: cuando les enseño su imagen y les pregunto quién es, contestan en seguida:

—Mi Madre.

De todo os seguiré dando cuenta, ya que sois tan buenas, que os interesáis por mis niños como si fuesen hermanitos vuestros: en verdad lo son, y Jesucristo, Padre de ellos y nuestro, ha de bendecir muchísimo este amor tan puro que les tenéis. ¡Dichosas vosotras y mil veces dichosas vuestras superiores y maestras, que os enseñan a amar tan finamente!

No creo que me ilusiono al pensar que de mi futuro colegio han de salir pronto sólidas vocaciones, sacerdotales y religiosas, conforme a los ardientes deseos del Sumo Pontífice. Porque hay entre estos corazones diamantes de muy subido valor que sólo esperan la mano cariñosa que sepa desbistarles y pulirles para manifestarse en todo su brillo.

En una palabra, que no es locura esperar que a la vuelta de diez o quince años figuren en los catálogos de la Compañía de Jesús,

nombres de jesuitas nacidos en Ponapé; ¡gran-  
de gloria para la Iglesia y no pequeño consue-  
lo para el Corazón de Jesús y el de su Vicario  
en la tierra! (1).

### EL VIÁTICO Y LAS DOCTRINAS EN PONAPÉ

Tengo una canoa que me hicieron los de Auak, que es para mí como la barca de San Pedro: en ella entra conmigo el Señor frecuen-  
tamente, pues, adondequiera que sea menester llevar el Viático, el viaje, o todo o en parte, ha de hacerse por mar.

El otro día fuimos bordeando la verde is-  
lita de Param en busca de cinco chozuelas  
donde esperaban a Jesús otros tantos enfer-  
mos.

¡La de escenas gratas al alma que se pre-  
sencian en estas ocasiones! El silencio y digni-  
dad con que van lo remeros; la devoción con  
que se descubren y arrodillan en sus canoas  
cuantos cruzan con la nuestra; la fe profun-  
da con que es recibido el Señor en aquellos  
pobrísimos albergues, de tres o cuatro metros

---

(1) No ha sido menester esperar tanto; el año 1927, a los  
tres de escrita esta carta, había ya entrado en el noviciado  
de la Compañía en Manila Paulino, destinado al sacerdocio;  
y al año siguiente era admitido, como novicio coadjutor, Cele-  
stino; los dos de Ponapé, y a quienes yo había tenido viviendo  
internos en la casa de la Misión.

en cuadro, sustentados sobre estacas en el mar, sin otras comodidades que la estera de palma en que yace el enfermo, ni más riqueza que el racimo de plátanos y las dos piñas que penden de las cañas del techo.

Cuando la familia dispone de una arquita, allí está preparada para que sobre ella se desplieguen los corporales; si no, se despliegan en el suelo.

Llega la canoa debajo de la casa, que por los cuatro costados está abierta; uno de los de adentro da la mano al Padre y le pone a la cabecera del enfermo. El misionero hace las preguntas que son del caso, manda salir a los sanos, oye la confesión, vuelve a llamar a los que salieron y, mientras extiende los corporales y se quita del cuello la cadenilla del porta-Viático, dice, sin más preámbulos, que va a dar al enfermo los últimos sacramentos, Extrema Unción inclusive.

Lo oyen como la cosa más natural, nadie apunta un reparo ni se permite un gesto de alarma ni una muestra de sensiblería. ¡Cuán cierto es que de los pobres es el reino de los cielos!

Estos indios no tienen médico, y así no hay que aguardar su parecer cuando se trata de arreglar a un alma los pasaportes para la eternidad. En este punto no hay más criterio que

el del Padre, que nada sabe de medicina, pero que conoce la condición de Jesucristo, y ha resuelto que ninguno se le vaya sin este buen compañero de viaje; ¡buen disgusto tuvo el otro día, que se le murió un niño de doce años sin que le hubieran avisado! Ya he dicho en público que, fuera del caso de muerte repentina, no vuelvo a enterrar a quien no haya asistido durante la enfermedad.

Siempre reciben la Santa Unción con todo conocimiento, y algunos de rodillas.

Se exhorta después a la familia a rezar frecuentemente con el enfermo, y más de una vez les he visto replicar que ya rezan todos los días el rosario. ¡Oh, el rosario! ¡qué devoción le tienen como a todo lo de la Virgen! ¡y yo que me vine con dos docenas escasas! La Santísima Virgen me lo perdone, que bien lo estoy purgando cada vez que me piden uno y no puedo darle.

Cuando vuelvo a bajar a la canoa, a lo mejor encuentro que me han puesto allí el racimo de plátanos y las dos piñas que eran toda su riqueza, sin que haya más remedio que aceptarlo, pues, de otra manera, lo sentirían; y allá voy, mientras me alejo para el mar, pidiendo al Señor del fondo de mi alma que pague tanta generosidad y, si es servido, me dé también a mí con qué pagarla.

Otras veces la escena es en el bosque: cuantos nos encuentran quedan arrodillados donde les sorprende el sonido de la campanilla, y familias enteras salen a las puertas de los ranchos a saludar al Señor que pasa.

Iba a decir que después de la administración del Viático, nada me consuela como la doctrina de los niños; pero no hubiera dicho verdad, que gozo más en la conversión y bautizo de un infiel. Mas quédese este punto para otra ocasión, y digamos de la doctrina.

El Señor ha puesto su mano, y he podido organizarla mejor de lo que me hubiese atrevido a soñar.

A la escuela japonesa de la Colonia han de venir todos los días los niños de una buena circunscripción. A ese fin tienen estos rapaces canoas diminutas, que manejan con rara habilidad, ya que desde chicos son intrépidos marineros.

La escuela termina como a las once. En cuanto les dan suelta, se vienen a casa a bandadas; cantan "Corazón Santo" en español, y empieza el catecismo, que nunca les cansa; lo mismo se están media hora que hora y media, y es de ver con qué empeño y con qué fruto. Son en general listos y de buena memoria, y así se les ve progresar de día en día.

. Los vales de asistencia y aprovechamiento

son codiciadísimos, no menos que la estampa que se rifa al terminar.

Les gustan cromos de colores vivos. Tengo uno que representa la muerte del réprobo, que no le regalo a nadie, porque siempre que lo enseño produce en mi inocente público el efecto de un buen sermón. El pecador moribundo vuelve la cabeza para no ver la cruz que le presenta el sacerdote, y mira descajado el retrato de una mala mujer que le pone delante un demonio, mientras otros tiran con fuerza de las ropas de la cama hacia el infierno, en cuya boca inflamada se ve a Satanás con tridente y corona: el ángel de la guarda se vuelve al cielo, cubriéndose el rostro con las manos, y a los pies de la cama llora desconsoladamente una mujer.

Son de oír lo comentarios cuando aparece el cuadrito: lo mismo que cuando enseño el del juicio final, ¡vaya que sacan fruto! La pena es que me vine desprovisto. Cuando pasé por Barcelona para embarcarme estaba la ciudad en pleno paro, y me fué imposible hacerme con una buena colección de cuadros del catecismo y cromos interesantes.

Escribo el 27 de Junio. El 29 tendremos la comunión general; mañana, si Dios quiere, la rifa de premios.

Esta tarde los he estado preparando, ¡quién

hubiera tenido doscientos metros de tela para taparrabos y camisitas! Con metro y medio de percal rojo o azul o de malla blanca hago feliz a un niño y a una familia; las niñas, como van con sus batitas muy cumplidas, necesitan más, pero ha de ser muy ligero y de colores claros, blanco, rosa o azul. En fin, no soñemos.

He llamado al hermano, que me ayude a registrar el fondo de los baúles que vinieron de España.

Y sale de una caja de cartón azul, que aún trasciende a jabón de olor, un montón de baratijas que me enviaron de La Coruña, entre ellas una jarrita de latón con un espejo a cada lado que seguramente quita el sueño a un niño que ya lo ha visto: pues no digo un tintero en forma de chistera, con su pluma correspondiente, imitando un paraguas. Hay un cromó de colores rabiosos que representa a San Martín a caballo partiendo la capa con el pobre, que va a levantar un clamoreo, porque manifiestan su admiración con ingenuidad encantadora.

Cromos de la Virgen pondremos varios que, por fortuna, los hay, y María Santísima es muy querida entre los niños de Ponapé. Rosarios no me quedan más que cinco; no voy a poner ninguno: los reservo para gratificar a los bienhechores. En medallas bien lindas, con cinta

azul, blanca o encarnada, también puedo alargarme alguna cosita. Cinco lotes de anzuelos surtidos, ocho de tela de mosquitero para camisas, varias tarjetas postales muy finas, que me dieron las cooperadoras de las misiones de Santander. Nada, que salieron los noventa regalos que eran precisos para que nadie quedase sin recompensa.

29 de Junio.—¡Buenas han estado la rifa y la comunión general!

El 28 por la mañana, mientras los niños estaban en la escuela, el hermano y yo preparamos la exposición de premios a la puerta de casa, en el ancho balcón de madera que hace de vestíbulo, al aire libre, a vista del mar, frente a las islas de Lángar y Param, rodeados de palmeras y cocoteros. Escenario insuperable; allí se les enseña el catecismo.

Quedó aquello vistoso. Cromos de todos tamaños y colores por la pared, piezas de tela colgando de la baranda, medallas de mil clases pendientes de clavos y, sobre la única mesa presentable que hay en casa (regalo de un buen cristiano), el tintero famoso, la jarrita de los espejos, cromos y estampas de menor cuantía, anzuelos y ¡qué sé yo la de chirimbofos! que arrojaría en montón a la barredura un niño rico de España, pero que van a



hacer felices por unos momentos a muchos niños pobres en Ponapé.

¡Qué cumplida habría quedado la mesa con algunas pelotas de colores, canicas de cristal, juguetes de hojalata, pitos, soldados de plomo!

Puesta en orden nuestra pobreza, se me hacía un siglo cada minuto que tardaban en llegar las criaturas. El viento zarandeaba cromos y medallas, amenazando dar al traste con nuestra labor de dos horas. Se puso una gran vela de la parte por donde soplaba, y pedí al Señor que, ya que todo se hacía por su gloria, no se malograra el inocente regocijo.

Al fin, se dejó ver la vanguardia, doblando a todo escape la esquina de la iglesia; detrás venía el ejército, descalzos todos, y desnuditos los niños, fuera del honesto taparrabos rojo, blanco o azul.

Se dejaron los primeros momentos a los comentarios. A vista del abigarrado conjunto, exclamaciones de sorpresa y alegría en todos los tonos. Cuando fueron concretando más las observaciones, ¡María Santísima! ¡Jesús! ¡el Ángel de la Guarda! ¡Satanás! (había un San Miguel con su diablo correspondiente).

Como sabían que la distribución iba a ser por sorteo, decían a voces qué deseaba cada uno que le tocara.

Los cromos grandes y las medallas fueron de mucha aceptación, pero la janita de los espejos y el tintero en forma de copalita se llevaron los ojos y los corazones. Yo andaba entre ellos con una bolsa de raso azul dando a sacar, ora a uno, ora a otro, las papeletas. Se anunciaba de antemano el objeto que se rifaba en cada suerte. ¡Qué ansiedad cuando llegó el turno a las dos maravillas!

El favorecido con el gordo de Navidad en España, quedará sin duda algo más rico, pero no tan alegre como el niño a quien tocó la jarra; al instante fué rodeado de los amigos, que se disputaban la satisfacción de tener unos momentos en la mano joya tan peregrina. Al del tintero, sucedió otro tanto.

En resolución, todos quedaron satisfechos, y nosotros dando gracias al Señor que tan fielmente cumple la promesa hecha a sus discípulos de estar con ellos todos los días hasta el fin del mundo.

¿Quién sino El da a estos niños el amor al misionero, el espíritu de hijos con que llegan a nuestra casa, el gusto en la ingrata labor de aprender la doctrina a fuerza de martillazos, la alegría con que reciben la nonada que se les da?

Todo lo que se repartió ayer a más de ochenta, no valía tres duros, y pasaron el día

tan felices, ¡y hay en este mundo tantos a quienes sobran tres duros!

Por la tarde los confesamos, tarea en que hubo hartito que hacer, que muchos vinieron con sus padres; afortunadamente, estaba conmigo el Padre Castro, que había venido de su residencia de Kiti a otro propósito, y me ayudó muy bien.

Pusimos la iglesia lo más bonita posible: bien poco fué. Se buscaron los manteles mejores, y eran los que ya estaban en el altar, los que usamos a diario. Andamos medianamente de ropa de iglesia. Gracias a las cooperadoras de las misiones de Santander, podemos decir en las dominicas la misa con ornamento verde y tenemos los altares decentitos. Si hubiese repuesto de estas cosas, se maldarían los manteles en cuanto cayese una gota de cera. Siempre fué mi sueño dorado poder celebrar los divinos misterios delante de los indios con gran limpieza y esplendor. Para la comunión de ayer me faltó casi todo, empezando por la bandeja y la palmatoria: ni alfombra, ni frontal, ni paño para el comulgatorio, pues aunque había uno, regalo de las de Santander, no bastaba para los cinco metros y medio que había que cubrir. Otro tanto me ocurrió con los frontales: el altar mayor mide 2,44 m. y 2,10 los laterales.

Allá nos arreglamos como Dios nos dió a entender: se empalmó un paño de color entre dos blancos, y el comulgatorio parecía otra cosa; se encendieron cerca de veinte velas que lucían bien entre las flores y hojas que adornaban el altar; se sacó el mejor ornamento rojo, que es bien modestito, y se dijo la santa Misa, en la que tuve el gusto de repartir como 140 comuniones. Las niñas que la hacían por primera vez, traían coronas de flores; los niños, nada, ya que no se puede llamar extraordinario la camisita raída con que se acercaron a comulgar; ninguno comulga sin ella; ¡qué imprevisión la mía al salir de España! pues ¡no hubieran lucido poco sobre aquellos harapitos buenas medallas pendientes de anchas cintas de seda!

Me había dicho no sé quién que, si se les daban medallas, se las ponían en las narices o en las orejas; sería antes, ahora se las ponen al cuello, y como no hay ropa que la oculte, van tan orgullosos, ostentándola como señal de su fe. En este momento acabo de dar tres a los tres únicos niños de la doctrina que no la tenían; en una cinta blanca y roja de atar paquetes se la he colocado, que muchos la llevan con bramante. Ya sé yo que el Señor me ha de encontrar por ahí quien me envíe dos centenares de medallitas de plata, que sirvan

para los escapularios, con sus cadenas correspondientes, de plata también, para que parezcan mejor sobre los pechos bronceados de mis niños.

Quedaron contentísimos; sus padres, agradecidos, y el misionero alabando a Dios, que tapa sus yerros, suple sus deficiencias y le da hecha la obra por manera tan admirable. Porque cualquiera diría que después de la comunión general no habían de pensar en el catecismo hasta el día siguiente. Pues, no señor: se fueron a la escuela, y en cuanto se vieron libres, a casa, a cantar el "Corazón Santo" y a llamarnos para la doctrina.



## LOS DE NANIPIL

Los de Nanipil no serán entre todos más de sesenta. Viven muy dentro del bosque, a la orilla de un mediano río, lugar acomodado para eremitorio.

Llegar a Nanipil me cuesta tres horas, mitad por mar, mitad por entre barro de todos colores, resbaladeros y malos pasos.

¡Pobrecillos! La primera vez que esperaban mi visita se tomaron el ímprobo trabajo de arreglarme, en cuanto era posible, el largo camino: cubrieron las charcas de piedras; tendieron troncos a lo ancho de los arroyos; cortaron maleza; suavizaron pendientes resbaladizas: hasta cargó uno de ellos conmigo para atravesar tres riachuelos.

No he admitido más esta fineza: ellos se meten descalzos con el agua a la rodilla; yo me meto calzado; que no sabe mal el refrigerio y, encima, saco los zapatos lavados del mucho lodo que llevan.

En Nanipil sale a mi encuentro Carmen.

Carmen es hermana de Francisco, jefe de la tribu, con jefatura al modo de los antiguos patriarcas; porque en Nanipil todos son parientes, por línea más o menos oblicua, de Francisco; todos le quieren, respetan y obedecen. Y, como Francisco no quiere más que lo que quiere Carmen, hétela constituída reina de Nanipil.

Carmen nunca se ha querido casar; no vive más que para Dios y para su gente; es la madre de la tribu.

Tenía un ranchito muy decente: le ha deshecho para construir con la tabla la capillita del pueblo. No me lo ha dicho ella.

La veo por aquí a cada momento. Siempre que viene comulga, barre la iglesia, arregla los altares y me propone algún negocio de los de allá.

Apenas me ve empieza a contarme las últimas novedades con gran rapidez y viveza, como si la entendiera algo; hasta que cae en la cuenta de que no me entero de nada y se echa a reír como una criatura. Se llama al intérprete, y resulta que Catalina quiere reconciliarse con su marido, pero ha de ser a presencia del Padre, para más garantía; que la otra se fué con un protestante y hay que ver de que vuelva; que Isabel quiere confesarse y no puede venir;



que cuándo voy; que agua bendita para Juliana la ciega...

Cuando menos lo pienso se planta aquí con toda la tribu entera, que los trae a comulgar; los primeros viernes nunca faltan. Hoy, fiesta de San Pedro, ha sido la comunión general de los niños; pues ya hace días que oigo correr por entre los plátanos y cocoteros de casa a los de Nanipil. Ahí se ha metido Carmen con todo el pueblo en mos ranchitos que para estos casos tiene la misión.

—Carmen, ¿no ha venido Melchor?

—Melchor está enfermo; y otro pequeño tampoco viene por no tener camisa.

La di un pedazo de tela de mosquitero, y al instante se puso a coser la camisa para el niño.

Como catequista, es de primera: me enseña a los rapaces la doctrina maravillosamente, y les educa en las prácticas de buenos cristianos.

Estaba hoy yo sólo con dos pequeños de Nanipil, que no tendrán más de siete años; les había dado unos cacahueses: pues como uno se dispusiese a comerlos sin hacer la señal de la cruz, el otro le llamó la atención, y los dos se santiguaron muy formales.

Había yo dicho esta mañana al mayorcito de estos dos que comulgase, sin fijarme que venía sin camisa. Llegado el momento, no se acerca al comulgatorio: tuve que llamarle con

una seña. Salgo de la iglesia y me le encuentro con Carmen. Me llamó la atención que no viniese a mí, como suele, saltando como un cabritillo: cuando me entero que le había caído una reprimenda de las gordas y, sobre esto, pesaba sobre él la sentencia de una azotina, que había fulminado Carmen por el delito de ir a comulgar sin más arreos que el taparrabos de palma. ¡Lo que ella goza cuando sus niños contestan bien a la doctrina!

Durante la rifa de premios allí estaba Carmen entre los chiquillos, con la papeleta de Melchor, enfermito de Nanipil, en la mano.

Es un poco rigorista: me tenía a dos o tres excluidos de la comunión, por no estar, a su juicio, bien preparados. Los he admitido y ha quedado tan contenta.

Ahora está soñando con hacer en Nanipil una capillita más capaz; ya tiene ganada la voluntad de Francisco: ayer estuvo él conmigo, y es cosa resuelta; la capilla se hace.

Por supuesto que lo deseo yo más que ellos. Para dentro de un mes estará concluída. Desde entonces dedicaré un día todas las semanas a los de Nanipil. Salgo de la Colonia antes de amanecer; como con ellos; visito a los enfermos y ancianos; rezamos el rosario por la tarde, y vuelta a pasar ríos y charcas; que bien empleado estará todo en consolar tan buena gente. Dicho se

está que les dejó el Santísimo Sacramento: no faltará quien le vele y le obsequie todos los días con flores del bosque. Muy consolado ha de quedar Jesucristo entre los cocoteros de Nanihil, a la orilla de aquel río tan poético.

La última vez que estuve allá, se celebraba el cumpleaños de una niña: ¡gran fiesta para todos! Y, claro, yo hube de participar.

Hallándome con ellos en un gran cobertizo, especie de casa concejo, apareció Carmen muy ufana, guiando una procesión de seis o siete mujeres, cada una de las cuales traía entre dos platos un manjar para el Padre.

Todo quedó de manifiesto sobre una mesa muy limpia, adornada con flores campestres, que estaba sobre lo que podríamos llamar el estrado de aquella sala.

Bendije, me senté yo sólo, se retiraron ellos discretamente, y no reventé porque no hice más que probar de cada plato: huevos fritos, pollo, ube, rimas, plátanos, piñas... y, para beber, sabrosa agua de coco.

Cuando concluí se pusieron a comer ellos; y de manera bien pintoresca.

El grupo de los pequeños estaba pidiendo el pincel de Murillo: sentados en el suelo alrededor de un montón blanco de coco rayado, vestiditas las niñas y casi en cueros los niños, cogían a puñados, y, abriendo la mano, se la

pasaban por todas las regiones de la cara, llevándose de calle el producto propio de cada una, con aumento indiscutible del poder alimenticio del bocado.

No hubo vino; ni lo hay por aquí, sino los días que se hace, y entonces hay que beberlo *in continenti*. Lo hicieron por la tarde.

Sobre una gran piedra plana, echaron ciertas raíces, sin quitarles un átomo de la tierra con que salieron al ser arrancadas, y tres hombres casi desnudos empezaron a machacar sobre ellas con guijarros, hasta reducirlas a papilla; trajeron hojas de plátano bien limpias; envolvieron en ellas aquella pulpa color de chocolate, y retorciéndolas en forma de cigarro, exprimieron un líquido sucio que iban recogiendo en cáscaras de coco. Lleno el primer cazuelo, fué presentado, como es ley, a Francisco, al jefe, que presenciaba la operación sentado en el suelo.

Lo que menos me esperaba era que Francisco me lo había de ofrecer a mí.

Agradecí el agasajo, pero no acepté. Insistió en que a lo menos probase.

Probarlo hubiera sido echar los hígados por la boca y, sobre esto, dar pie para que se corriese por la isla que el Padre había tomado vino. Como ni una cosa ni otra me convenía, me negué en redondo, alegando que se me su-

biría a la cabeza; y, a poco me levanté, no fuese que terminara la escena como se podía temer y es lo ordinario: porque este famoso licor les produce cierta modorra que, si no es la borrachera, será porque ellos le dan otro nombre.

Es muy fuerte la inclinación que hay a esta bebida, y muchos creen de buena fe que no es pecado beber hasta dormirse, mientras el hombre no quede impedido de oír la misa.

Por eso nunca se hace vino los sábados en Nanipil.



## FLORES DEL TROPICO

### EL PEQUEÑO JESÚS

Srta. Laura Larroca y demás Congregantes de San Estanislao:

Mis amabilísimas bienhechoras: De la alegría que recibí con su muy grata del 20 de Junio no es fácil que se haga cargo quien no vive como por aquí vivimos.

Ya ven ustedes; casi cuatro meses ha tardado su carta; algunas, es cierto, vienen más pronto; pero otras tardan más; y menos mal cuando no se extravían. Y como las cartas son el único lazo de unión que nos queda con las personas que saben comprendernos, pueden ustedes figurarse el gusto y la gratitud con que las recibiremos.

Me piden ustedes algo sobre esta isla. Mucho siento que me coja su petición tan agobiado de trabajo; por ahora conténtense con esa relacioncilla; otra vez irá cosa más interesante.

Digan a la M. Clairac, que no me es tan

desconocida como ella piensa, que agradezco muchísimo sus renglones; que para el próximo barco, probablemente en Diciembre, le escribiré.

Espero con impaciencia los regalitos que mandan para mis pobre niños; y ya que ustedes son tan amables que me invitan a ello, me atrevo a indicarles la necesidad que tengo de una alfombra de 2,40 m.  $\times$  0,70 m., y de una estatuita de la Inmaculada, de 1 m. poco más o menos. Cromos algo grandes, con imágenes de la Virgen, me vendrían muy bien.

Perdóneme, que estoy muy pobre. Ofrezco por ustedes veinte chaparrones de los que me suelen coger en el mar, y sudores con el sol.

A las cinco de la tarde vino Santiago a decirme que su hija Isabel estaba peor. Pues voy al momento, le dije. Me replicó que bien podía esperar al día siguiente. No era yo de ese parecer; que por aquí se muere la gente con suma facilidad, y tengo firme resolución de volver a los enfermos en cuanto me avisen.

Tomé, pues, mi lámpara, y di orden a mi fiel Luis de armar al instante la canoa pequeña. Como el viento era recio, quise que viniera también Melchor, jovencito de quince años, para ayudar a Luis.

Salimos disparados entre las olas, porque estas ingeniosas embarcaciones van como cen-



tellas cuando el viento es fuerte. Luis, que es un excelente muchacho, iba contento: siempre lo está; pero más cuando nos toca poner rumbo a la isla de Chokois, de donde es su mujer y donde han nacido sus cinco hijos. cuatro niñas y un niño, más blancos de lo que por aquí se estila, y que en lo finos y graciosos no tienen que envidiar a ninguno. Además, íbamos a ver a Isabel, en cuya conversión tanta parte había Luis tenido.

Al saltar en tierra hubo que encender la lámpara, gracias a la cual, no me torcí un pie en ninguno de los cuatro puentecillos de troncos por donde pasábamos, y pude escalar, con menos riesgo de despeñarme, la agria y salvaje torrentera que conduce a tres ranchitos muy predilectos míos. Porque el despeñadero aquél remata en una meseta poblada de hermosas piñas, donde se han puesto a vivir tres familias procedentes de la isla de Ngátik. No es de maravillar que tenga yo cariño a esta buena gente: veintiuna personas he bautizado entre las tres familias. Por eso trepo con gusto por aquellos peñascales, aunque sea en noche tan cerrada como la que voy diciendo.

Oíase a nuestra izquierda el rumor de la cascada, que, sin duda, en un tiempo bajó por donde nosotros subíamos. Luis llevaba la lámpara y yo un fuerte bastón, gracias al cual pu-

de ganar la cumbre sin desperfecto de mayor cuantía.

No quise llevar el Santísimo, porque otra vez, bajando aquel mismo derrumbadero, también de noche, se me había caído el porta-Viático, por entre las piedras; gracias que ya iba purificado. Llevaba sólo la santa Unción.

Se adelantó Luis a dar aviso de mi llegada para que las mujeres se vistiesen con decencia. Una vez en la casa me fuí derecho a la cabecera de la enferma, sin antesalas, ni cuchicheos ni advertencias impertinentes, ¡es sublime la sencillez con que acude la santa Iglesia en busca de estos pobres tan olvidados del mundo!

Estas escenas son, poco más o menos, las mismas en todos los casos; en torno del enfermo multitud de mujeres, de las cuales, para una que ayuda, cinco estorban; niñitos dormidos por todos los rincones, que hay que ver de no pisarlos; otros lloriqueando o mamando o gateando de acá para allá en cueros vivos; y no suele faltar alguno que, viendo por primera vez las barbas del misionero, corre aterrorizado y dando gritos a los brazos de su madre.

Isabel estaba grave: tendida en el suelo sobre una limpita estera de palma, vestida con una bata nueva, y juntas modestamente al pecho las manitas bronceadas. Puesta una rodilla en tierra, la pregunté si quería confesarse, y me

respondió al momento, mirándome con sus ojos negros como la noche:

—Sí, Padre.

Mandé despejar la habitación; y grandes y chicos, cada uno por donde pudo, se salieron al campo.

Vueltos a entrar todos, la dije:

—Mañana te traeré el Santo Viático. ¿Quieres recibir ahora la Extremaunción?

—Sí, Padre.

Y todos lo oyeron, empezando por los padres de la enferma, como la cosa más natural; y nadie me tiró de la sotana, ni se espantó, ni dió gritos, ni me llamó imprudente. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Administrada la Unción, me despedí, prometiendo volver con el Santísimo a la mañana siguiente.

Aprovechando la luz de mi lámpara, se vinieron conmigo tres niñitos de seis a ocho años, que iban a dormir a un rancho próximo. Entre ellos iba Jesús, a quien yo había bautizado tres meses antes y dádole la primera comunión a los cinco años y medio; se despidió de mí cariñoso y alegre, como acostumbraba, y nosotros echamos por el precipio, llevado yo medio en volandas entre las tinieblas, por Luis y Melchor, que me tenían uno de cada brazo. Ellos,

descalzos, se asen como cabras a las piedras; yo, con mis zapatos rígidos y un pie bien hinchado, no daba paso en firme, y a no ser por aquellos buenos chicos, me hago trizas más de una vez.

Volvimos a cobrar la canoa, y con alguna dificultad, por estar muy baja la marea y ser la noche muy obscura, sorteando escollos y arenales, llegamos al canal y luego a casa.

A la mañana siguiente me llamaron para otra enferma; la llevé el Santísimo y la Unción, y luego me embarqué con Jesús sacramentado en busca del nido de águila donde vive Isabel; no sin dar antes la comunión a Juliana la ciega y a una sobrinita suya, que estaban enfermas en una choza junto al embarcadero.

No permití que se izara la vela, por ser muy impetuoso el viento y no ponerme a peligro de dar vuelta llevando al Señor.

Trepamos felizmente por la vieja cascada y dimos a Isabel el Santo Viático. Al pasar junto al rancho donde me despidió Jesús la noche antes, me avisan que éste se ha puesto enfermo. Entré y le vi echadito sobre las tablas, y juntó a él su madre María del Pilar y su hermana Esperanza, bautizadas también por mí no hacía mucho.

No me pareció cosa de cuidado; sin embar-

go, confesé a aquel angelito. A las dos, ya de vuelta en casa, se me presentan dos jóvenes, por cierto protestantes.

—Jesús ha muerto—me dicen.

—¡Es posible! ¿Cuándo!

—Como a la hora de salir usted de allí.

Al pronto me ocurrió decirles que le enterraran ellos y que al otro día bendeciríamos la sepultura; pero pensé después que, siendo todos los de la familia cristianos tan nuevos, sería bueno extremar con ellos las pruebas de cariño y dar de paso un poco de edificación a los muchos protestantes que hay por allí; y, por tercera vez en menos de veinte horas, emprendí la penosa ascensión.

Cuando llegué a casa del difunto, aquello era un mar de gente como aquí se estila; unos, a hacer la caja de un trozo de canoa vieja; otros, a abrir la sepultura allí mismo, entre los árboles y las matas de piñas; niños y mujeres estorbando por todas partes. Mariano, el padre de Jesús, sentado triste en un rincón, y María del Pilar, su mujer, limpiando con un pañito la boca y narices del cadáver.

Estaba monísimo el inocente; lo rápido de la enfermedad no había podido alterar sus facciones correctas y agraciadas, ni el moreno intenso de la piel daba lugar a palidez en rostro y manos; sobre la camisita blanca tenía

al pecho un crucifijo y dos estampas y la medalla del Sagrado Corazón, con primoroso cordón azul celeste, recuerdos del día feliz de su bautismo, de aquel día que estará bendiciendo por toda la eternidad, porque en él se le dió la gracia santificante que no perdería ya y que a los dos meses le franqueaba las puertas del cielo. Dios haga que todas las lindas medallas con cordón azul que me enviaron las celosas alumnas del Colegio del Cerro de la Habana vayan teniendo el mismo feliz destino de ir a custodiar en la tumba cuerpos de predestinados y a dar fe de que lo que allí se guarda es hacienda de Cristo y de María.

—¿Qué dijo antes de morir?—pregunté.

—Rezaba mucho—me dijeron—y pedía que le llevasen donde el Padre. El pobre venía siempre con tanto gusto a la casa de la misión...

Al día siguiente vinieron a comulgar los padres y hermanos de Jesús y Luisito, niño de nueve años, de quien ya he hablado otras veces. Luisito había sido el ángel del pequeño Jesús, preparándole en la doctrina y sirviéndole de padrino el día que se bautizó.

El pobre Mariano, después de confesarse, me entregó para una misa dos yens y medio, seguramente todo lo que tenía, porque tiene muy poco; y por eso, cuando Jesús venía los domingos a la iglesia, en vez de la camiseta

que traen casi todos, le veía yo cubrirse el desnudito cuerpo con un mal retazo de percalina, que sería algún taparrabos de su padre.

Jesús fué el regalo de Pascua que me hizo el Señor, como en Navidad me había regalado otro Jesús, anciano de mucha edad, que, bautizado el 28 de Diciembre, volaba a la gloria el 1.º de Enero, llevando inmaculada la estola de la inocencia.

Bien sabe el Señor cuánto le agradezco estos obsequios, y cuán por bien pagado me doy con ellos de las pequeñas molestias que me ocasiona el apacentar este rebaño.

#### BEATO Y BEATA

El se llamaba Beato, y ella Beata, ¡capricho del misionero que les bautizó, ya viejecillos!; vivían en el islote de Chokois, separados buen espacio de mar de mi casa. Nunca venían a la iglesia, y no por falta de devoción, sino que a su edad no se iban a meter en una canoa, y para ir por tierra, tomando la escollera y el puente rústico que unen las dos islas, necesitaban rodear varios kilómetros. Su ranchito, de tres metros en cuadro, tenía un hueco al mar, y otro frontero al camino que rodea todo el islote.

En este camino les conocí yo un día que pasaba a visitar dos tribus que viven diseminadas

por aquellas riberas; son protestantes, colonias de las islas de Pingilap y Mokil, dominadas por los metodistas.

Yendo, pues, en compañía de mi fiel criado Luis, bien ajeno a que por allí hubiese ningún católico, me salieron al encuentro, encorvaditos y apoyándose en sus bastones de bambú, los dos ancianos de dulce mirar y agradable continente; él con su taparrabos de palma, y ella con su bata pobrísima y astrosa; con gran humildad me pidieron que les confesara. Sentéme junto a una platanera al borde del camino, y allí me abrieron sus conciencias inmaculadas, enriquecidas con el precioso don de la inocencia, ¡privilegio envidiable que la Bondad infinita otorga a muchos de aquellos pobres indios! Tratándose de adultos que se bautizan ya casados, no es raro el que lleguen a la muerte sin haber perdido la gracia.

Descubiertas mis dos amadas ovejas, no había de abandonarlas: al día siguiente les llevé la comunión, y desde entonces pasaron a engrosar la ya larga lista de almas que, no pudiendo ir a buscar a Jesús Sacramentado, necesitan implorar del amable Señor que se embarque, como lo hacía en el mar de Tiberíades, para ir a ver a sus hijos.

Como el ranchito de mis dos viejos se encontraba de camino para muchas tribus donde siem-



pre había enfermos, me era fácil consolarlos frecuentemente con la visita del Señor.

Desde mi casa a la de ellos me llevaba Luis cómodamente en media hora de remo, y, si el viento era favorable, íbamos como el rayo en diez minutos, levantando, al pasar junto a las verdes macetas de mangles que crecen en medio del agua, bandadas de gaviotas y alcatraces, que se alejaban entre graznidos de protesta.

Al aproximarnos a la choza, tocaba Luis la campanilla para que se vistiese Beata (las indias entre los suyos no llevan más que taparrabos); atracábamos, saltaba Luis a tierra, me daba la mano para ayudarme a salir, y él con la campanilla y yo con el Señor al pecho, trepábamos por el flanco izquierdo de la casita a buscar la entrada por el lado del camino. Beato y Beata nos recibían arrodillados cada uno en su rincón. Allí no había más que las cuatro paredes de cañas; ni un banquito, ni un arca, ni un trapo colgado, ni la menor señal de provisiones, ¡pobreza más absoluta!

Desplegaba yo los corporales en el suelo; ponía sobre ellos al Dios del Pesebre de Belén; hincaba una rodilla junto al viejo y le confesaba; después a la vieja; les daba de comulgar; volvía a plegar los corporales; cogía Luis la campanilla y bajábamos otra vez al mar; me daba él su mano amiga para embarcar de nue-

vo; me sentaba sobre la dura tabla y, oprimiendo al Señor contra mi pecho, poníamos rumbo a otra vivienda, tan pobre como la de Beato, donde con no menos amor era esperado Jesucristo.

Avisáronme, por fin, un día que Beata se hallaba muy al cabo; volé allá y la encontré con síntomas de próxima muerte.

—Beata, se muere—le dije.

—Lo que el Padre quiera—me contestó.

¡Cuántas veces oí con admiración esta respuesta sublime a mis indios enfermos!

—No, hija, no lo que yo quiera: lo que quiera Dios, en cuyas manos estamos todos; ¿se quiere confesar?

—Lo que el Padre diga.

—Y después le daremos el Santo Viático y la Extremaunción.

—Bien, Padre; lo que usted diga.

Y todo esto así, de sopetón, en presencia del marido y de los que habían ido a ver a la enferma; ¡suerte de los pobres de Jesucristo, que no tienen antesalas donde hacer esperar al Señor que viene a buscarlos, ni parientes criminales que hagan muro en torno al lecho del moribundo para impedir se llegue a él su madre, la Iglesia, que quiere presentarle con sus propias manos al Dios que le crió y le redimió!

Murió la santa vieja llena de dulce paz.

Pocos días más tarde dije a Luis:

—Vamos a ver a Beato, que me temo se va a ir pronto detrás de su mujer.

Allá nos fuimos, con tiempo espléndido y bien henchida la vela.

Entré, y vi al pobre ancianito, sin más que el taparrabos, acurrucado en un rincón.

—¿Cómo va, Beato?—le dije—. ¿Nadie cuida de usted?

—Sí, Padre; ese niño me trae algo que comer.

Era un chiquitín guapísimo, que no tendría más de ocho años, completamente desnudo.

Beato me hizo señas que me acercara, y cuando estuve a su lado, me indicó que tenía que decirme un secreto. Mandé salir a Luis y al niño, y puse una rodilla en tierra, pegando mi oído a la boca desdentada del viejo, cuya voz era muy débil.

—Padre, cuando murió ella, en el momento de expirar le salió de la frente un ave *Kachampualia* (bellísima), que se fué por ese hueco al mar.

—Estaba usted soñando.

—No, Padre, bien despierto estaba.

—Sería una de tantas gaviotas como andan por ahí.

—No, Padre, pájaros tan bonitos no los hay en Ponapé.

Me inclinaba a pensar que a mi ancianito le

flaqueaba la cabeza. Me despedí de él; salí al camino; allí estaba Luis con un grupo de hombres y mujeres, todos protestantes: saludé, y con tono de incredulidad les referí lo que me había dicho el viejo.

—Seguramente habrá delirado—les decía.

Pero una mujer de las presentes, con aire de gran convencimiento, se adelantó y dijo:

—No, Padre; tiene mucha razón: allí estaba yo cuando murió Beata, y vi cómo le salía de la cabeza una paloma deslumbradora que se fué al mar.

—Pero, mujer, ¿no sería alguna gaviota que entró?

—Ay, Padre, pájaros como aquél no los hay aquí, ni en ninguna isla.

—¿Qué sería?

## JULIANA

Me escriben que ha muerto Juliana, ¡feliz y envidiable! Juliana se ha ido al Cielo sin haber conocido de la tierra más que la pequeña isla de Ponapé, donde nació. No sé a qué edad ha muerto, ni ella supo nunca los años que tenía: bautizada en los umbrales de la vejez por los Padres capuchinos, primeros apóstoles de su isla, constaba en los registros sin fecha de

nacimiento. Se puede sospechar que tendría al morir setenta años.

Juliana era pobre, pobrísima, más que lo corriente entre aquellos indígenas, allí donde nadie es rico. Vivía lejos de mi casa, en una choza miserable, abierta a los cuatro vientos, junto a la desembocadura de un pintoresco riachuelo, en el fondo y término de un grandioso brazo de mar que entra retorciéndose por entre dos verdes colinas pobladas de bosques de palmeras; la luz tropical iluminaba con sus prodigiosos resplandores y hacía brillar maravillosamente los arreos de gala que ostentaba la naturaleza ante el humilde rancho de la anciana india, que de ninguna de estas magnificencias había de gozar, porque era ciega.

Juliana vivía sola con su marido Luis, tan viejo como ella y tan buen cristiano.

Luis era de los aferrados a la tradición de las Carolinas, de los castizos de Ponapé; que no se ponía sobre el enjuto cuerpo un pedazo de tela por cuanto hay, ni siquiera en forma de taparrabos; para ir decente y como Dios manda bastábale el clásico *hool*, tupido conglomerado de tiras secas de palma de cocotero que, atado a la cintura, cuelga hasta las rodillas, y produce al andar áspero ruido de hojarasca.

¡Cuántas veces vi yo venir a Luis, allá por entre los árboles, con esta indumentaria en di-

rección a mi casita de madera! Yo salía a esperarle a la puerta, es decir, al campo; al verme, alegrábase su rostro curtido, moreno y profundamente arado, con una sonrisa de cariñosa inocencia.

—Ya sé a qué vienes, Luis—me adelantaba yo a decirle—, pero vas a tener paciencia.

—*Kachelelia maiñ, Padre*—decía él—; muy buenos días, Padre: es que Juliana está triste porque hace ya mucho que no la lleva usted la comunión.

—Ya lo sé, Luis, ya lo sé; pero por ahora me es imposible llevársela.

—Padre, es que ella no puede venir, que está ciega.

—Ya sé que está ciega; pues tráela tú en la canoa.

—Padre, la que tenemos está muy vieja, y nosotros también somos viejos, y a ella le da miedo venir por el mar con estos vientos tan fuertes que ahora andan.

—Bueno, bueno, pues que tenga un poco de paciencia, y cuando haya por allí cerca algunos otros enfermos, aprovecho un día para llevar la comunión a todos.

Y yo veía con pena al pobre Luis volverse triste por entre las palmeras, agitando al andar las sonantes rabas de su *hool*. Pero ¿qué había yo de hacer?, ir a llevar la comunión a la choza

de la ciega suponía toda una mañana; y casos como el de ella, o parecidos, había varios en distintos puntos de la isla, más o menos lejanos; y yo estaba solo para todo, y si atendía una cosa tenía que abandonar otras; y si salía por la mañana al mar, me ponía a riesgo de no volver para la hora de la doctrina, y la doctrina de mis niños no se omitía sino por fuerza mayor.

La primera vez que despaché desfavorablemente la petición de mi buen Luis ni podía sospechar que iban a hacer lo que hicieron, y continuaron haciendo siempre que se repitió el caso.

Guardaba yo a la orilla del mar, a un tiro de piedra de mi casa, bajo un tinglado hecho de unas cuantas estacas cubiertas de cinc roñoso y lleno de agujeros, dos botes con grandes averías, ya inservibles, otro en buen uso, que utilizaba para los viajes largos, y dos o tres canoas de distintas dimensiones que eran mis vehículos de todos los días.

Al siguiente de mi primera negativa a la embajada de Luis, me avisó el hermano que Juliana estaba abajo, junto al mar, y me llamaba. Fuí y me hallé a la buena ciegucecita dentro de un bote.

—¿Qué es eso, Juliana? ¿qué hace usted aquí?

—¡*Kachelelia mañ*, *Patre!* Luis me dijo

que usted no podía llevarme la comunión, y aunque hace tanto viento, he querido que me traiga para que usted no se moleste: ¡le suplico me baje aquí a Nuestro Señor!

—¡Dios mío! ¡No se lo había de bajar!

Ve z hubo en que, para poder repetir las comuniones, permaneció en el bote aquella santa mujer tres días y tres noches, y sin comer lo habría pasado si el hermano, mi compañero, no la hubiera socorrido con plátanos y un poco de arroz.

Un día, después de comulgar, me dijo:

—Padre, perdóneme si me atrevo a recibir al Señor con esta bata sucia; no tengo más.

Aquella bata, que en sus buenos tiempos no habría costado más de cinco pesetas, la tenía de los misioneros anteriores, hacía más de cuatro años, y era toda su riqueza en vestidos. Aquel mismo día tuvo bata nueva.

La última comunión se la llevé la víspera de mi tristísima partida de aquel paraíso donde tan feliz pasé los mejores años de mi vida. Por muchos que aún me dé el Señor, no podré olvidar aquella escena. Sin más compañero que un indito medio desnudo, me hallaba en pie, de roquete y estola, el santo copón en la mano, junto al bote varado en que Juliana, muy recogida, daba gracias después de comulgar. Era la mañana radiante y azul; deslumbradora luz



del vivísimo sol de Oriente reverberaba en el mar, que se abría a mi vista en grandioso anfiteatro; allá, por mi derecha, avanzaba declinando la punta de Net coronada de palmeras; más lejos, por el frente, se veía la feraz islita de Param, rica en plátanos y dulces piñas; por la izquierda, Lángar, la graciosa y verde colina que surge de las aguas como una aparición de ensueño; en la remota lejanía las blancas espumas festoneaban el arrecife de corales, mientras llegaban a mojar mis pies descalzos las rizadas ondas de la creciente marea.

Conmovido por el dolor, dije a la amada viejecita:

—Juliana, tengo que darte una noticia triste: mis superiores disponen que me vuelva a España, y mañana me embarco.

Levantó ella la nevada cabeza, y esforzándose por dirigir hacia mí aquellos ojos sin luz llenos de lágrimas, me contestó sollozando:

—Padre, lo sabía: ayer me lo dijeron, y esta noche no he podido dormir.

—Vamos—repuse—, no se aflija, que si yo me voy, otro misionero vendrá, y, sobre todo, le queda Jesús, que es su verdadero Padre.

—¡Eso, sí!—exclamó con acento de profunda fe—. ¡Y la Virgen Santísima, que es mi Madre!

¡Bien lo podía decir, la muy dichosa!

ROSA Y CATALINA

Aquel día el catecismo había durado más que de costumbre: eran pasadas las dos de la tarde cuando acabé de visitar los grupos de niñas que, de ocho en ocho y de diez en diez, estudiaban afanosas debajo del cobertizo, al pie de los cocoteros o a la sombra del frondoso mango que guarnece la entrada de la casita de la misión; todas iban descalzas y sin más arreos que la pobre bata de percal. Repartí los vales, repiqué la esquila y se arrodillaron, con las manos juntas, para rezar el *Angelus*. Al terminar, ya el fuerte pelotón de los niños, que daba la doctrina con el hermano al extremo opuesto de la casa, venía con algazara haciendo retemblar las mal seguras tablas de la galería. Para la mayor parte se reducía la indumentaria al exiguo taparrabos; algunos, muy pocos, ostentaban, como gran lujo, una camiseta. Me saludaban cariñosos y la emprendían a todo correr hasta perderse detrás del ábside románico de la cercana iglesia. Las niñas, más pausaditas y modosas, se iban alejando en la misma dirección, y yo me quedaba mirando con tristeza, al considerar que probablemente ninguna de aquellas criaturas se habría desayunado.

Puesto de bruces sobre la barandilla del co-

bertizo, seguía mirando abstraído hacia el grupo de palmeras por donde acababan de desaparecer las dos últimas niñas, cuando surgió a mi vista por detrás de aquellos árboles la figura casi gigantesca de un hombre de color obscurísimo, cubierto solamente de un taparrabos encarnado muy angosto; traía un gran cuchillo en la mano y, en cuanto me vió, se vino hacia mí derecho. Quedéme en la actitud en que estaba, esforzándome por reconocerle. Ya que se iba aproximando, pude deducir por sus facciones que no era de Ponapé.

Sin ser desagradable aquel rostro, tenía un no sé qué de duro y feroz en la mirada que, a no estar yo hecho a semejantes encuentros, me hubiese inquietado verle llegarse a mí con tanta resolución. Le esperé sonriendo, y, al saludo que me dirigió en lengua de Ponapé, no muy bien pronunciada, repuse amablemente:

— Buenas tardes, ¿qué deseabas?

— Permiso del Padre para coger unos cocos.

Veíanse éstos arracimados en las altísimas palmeras, y los maduros que iban cayendo cubrían el prado.

— ¿Para qué los quieres?

— Para mi mujer, que está muy enferma y no quiere comer ni *kep*, ni *ríma*, ni pescado; sólo le apetece agua de coco.

— Y ¿está muy grave?

—Sí, Padre; yo creo que se muere.

Y lágrimas de dolor hondo y varonil nublaron aquellos ojos de acero dando un simpático matiz de nobleza a la línea vigorosa y fuerte de la arrogante figura.

—Tú no eres de aquí—le dije con interés.

—No, Padre; somos de la isla de Greenwich.

La isla de Greenwich, situada como a 600 millas el SO. de Ponapé, a 1° del Ecuador, es la más meridional de las Carolinas, con 150 habitantes, y se reduce a un arenal rodeado del correspondiente arrecife de corales, sin otros medios de vida que la pesca, el cocotero y algunos cerdos y gallinas que se crían penosamente en aquella aridez.

¡Cómo se renovaba mi pena cada vez que oía de alguna islita más, poblada de indios! Envidiaba a las aves marinas su poder de ir por el aire y soñaba con el día en que Dios ha de inspirar a los superiores el empleo del hidroavión para servicio de esta misión singularísima.

—Vosotros—dije—no sois católicos.

—No, Padre: en nuestra isla ninguno lo es, ni protestante tampoco; allá no ha ido nadie a enseñarnos.

Le dije que llevase cuantos cocos quisiera, y que volviese por más siempre que le hicieran

falta. Preguntéle por el lugar donde se hallaba su mujer: no era lejos, y a media tarde me presenté con mi fiel criado Luis en la mísera chozuela.

Cuatro tablones sin pulir, sustentados sobre rústicas estacas, cañas por paredes y el techo de nipa, cerraban aquel recinto, capaz para cuatro o cinco personas. Dos huecos fronteros, siempre abiertos, dejaban correr el aire por la estancia. Entramos, y vimos una mujer muy joven sentada sobre blanquísima estera de palmito. Eran sus facciones correctas y finas, estaba pálida y enjuta, y los enormes ojos negros, de dulce mirar, brillaban con la fiebre, mientras su pecho subía y bajaba a compás de la fatigosa respiración.

Recibiéonos sin recelo; y, puesto yo con una rodilla en tierra, mientras Luis se acomodaba en cuclillas, empecé a decirle quién es Dios y lo que nos ama, qué es el paraíso y qué el infierno, la persona de Jesucristo, su Encarnación y sagrada Pasión, la dignidad de la Virgen, el sacramento del bautismo.

Ella miraba sin pestañear, dando señales de lo bien que entendía y de lo dulces que le eran aquellas verdades a las que su alma pura se abría con suavidad y deleite como se abre un capullo de rosa en sazón a los halagos de la brisa de primavera; como si aquellas noticias

de tan consoladora luz, más que recibirlas del exterior, las sintiese despertar en el fondo de su espíritu al amoroso conjuro de la Gracia.

Terminada la compendiosa instrucción, la pregunté qué pensaba de todo aquello; y respondió con acento de gran verdad, que deseaba hacerse católica para ir al cielo; que la bautizase.

Como el caso no urgía, la consolé y prometí visitarla a menudo; y salí, dando encargo a Luis de avisar a Carmen, a la piadosísima y humilde Carmen, de quien ya he hablado páginas atrás.

Carmen vino, y la mandé a casa de la enferma para que completase su instrucción.

En pocos días la puso al corriente. Fui una mañana con Luis y Carmen a la pobre choza, y encontramos a la joven india abrazada a un débil niño esmirriado y falto de vida que había dado a luz la tarde anterior.

Bauticé a los dos: era la fiesta de Santa Rosa de Lima, y Rosa llamé a la madre; al niño, José. Confirméla también, y recibió su primera comunión por viático y la Extremaunción.

Al otro día Rosa y José volaban juntos al cielo, primicias de la diminuta isla de Greenwich.

En tosco ataúd, hecho de un trozo de canoa vieja y carcomida, pusieron el cadáver de la

bienaventurada Rosa, cubierto de flores según piadosa costumbre del país; su rostro agraciado exhalaba paz, y en sus labios finos brillaba una sonrisa. A su lado, medio oculto entre las flores, el cuerpo exiguo del pequeño José. El pobre viudo, en pie junto al féretro, hacía contrastar lo recio y atlético de su torso desnudo con la expresión de profunda pena que velaba su rostro. Luis y dos mujeres desconocidas completaban el fúnebre cortejo.

Terminadas las preces y rociados con agua bendita los santos cuerpos, clavó Luis una mala tabla sobre el ataúd y, con la ayuda del atribulado gigante, le sacó fuera de la choza; detrás salieron las dos mujeres, y el último yo, de roquete y estola, rezando en el ritual: y así echamos por la cuesta arriba, entre mangos y limoneros, hasta llegar a la explanada donde, al pie de unos árboles, se había abierto la sepultura. Bajóse con cuerdas al fondo la humilde caja, acabé de rezar, y, echando el primero un puñado de tierra, hice señal de llenar la fosa: rodaron los secos terrones sobre la vieja tabla con lúgubre rumor y, una vez colmado el hoyo, clavamos sobre él hermosa cruz de madera.

Pagado el piadoso tributo a los queridos restos de la afortunada Rosa, me volví al hombrón melancólico y le dije que, si deseaba ir con Rosa al cielo y que le enterrasen bajo aquella misma

cruz, tenía que hacerse cristiano. Contestó que pensaba en ello y se haría de muy buena gana.

Una de las dos mujeres lloraba con gran desconsuelo.

—¿Por qué lloras?—la pregunté

—Porque ha muerto Rosa.

—¿La querías mucho?

—¡Era mi hermana!

No lo hubiera sospechado, pues en nada se parecían; fina y delgada la una, y tan robusta y corpulenta la otra.

—Entonces ¿tú también queirás ser católica?

—Bien querría, pero es imposible.

—¿Por qué?

—Porque para ser católico hay que ser bueno, y yo soy muy mala.

¡Cuánto me enterneció esta humildad y cómo se acrecentó mi interés por alma que tan bello fondo manifestaba!

La hice las preguntas del caso, y resultó lo que ya suponía; que la pobre había sido atropellada por un japonés; y con esto se creía ya incapacitada para el bautismo. La consolé y animé, y quedamos en que se bautizaría a una con su cuñado.

Así se hizo a los pocos días: se llamaron Catalina y Gonzalo.

Catalina era verdaderamente fervorosa: co-



mulgaba todos los días, confesaba los sábados, acudía al rosario, me preguntaba con sencillez infantil sus dudas y tenía hambre de ser enseñada en las cosas del espíritu. Un día la hice a quemarropa esta pregunta:

—Catalina, ¿por qué no te casas con Gonzalo?

Con naturalidad asombrosa contestó:

—Por mí no hay inconveniente, pero habrá que decírselo a él también.

—Desde luego—repuse—; no os ibais a casar sin que él lo supiera.

Propuse la idea a Gonzalo; parecióle bien; hizo la boda; contribuí con arroz y latas de conserva al banquete y regalé a Gonzalo una canoa para que ejerciese su oficio de pescador. Desde aquel día no me faltó pescado fresco. Por supuesto, que lo que valían los peces del marido lo cobraba cumplidamente la mujer en chucherías que me sacaba. Casi a diario la veía llegar a mi casa, descalza, la bata siempre limpia, el andar gallardo y bien erguida y el alegre rostro lleno de bondad y confianza.

Rara era la vez que no empezaba por pedir algo; siempre cosas pequeñas: hilo, sal, una medalla, un taparrabos para su marido, tela para echarse un remiendo.

Por esto di en llamarla *li norok* (mujer codiciosa); y era de ver la risa con que recibía mi

saludo cuando, respondiendo al suyo, le decía:

—¡*Kachelelia, li norok!*

De pronto empecé a notar la falta de Catalina a misa y al rosario: ya iba a investigar qué le ocurría, pero se adelantó Gonzalo a venir con la noticia de que su mujer estaba mal de una pierna; que me pedía fuese a visitarla y llevarla la comunión. Dijome dónde vivían, y aquella misma tarde Luis y yo pusimos rumbo hacia allá.

Medio oculto en el tupido bosque del mangle, que puebla tan grandes extensiones de aquel mar, abríase un canal fantástico, poco más ancho de lo que bastaba a dar paso a una canoa, sobre el que las ramas de una y otra parte formaban fresca bóveda de intenso verde esmeralda. Me había dicho Gonzalo que ellos vivían a la terminación de este canal por donde, entre vueltas y giros, iba llevando Luis la esbelta embarcación hacia la orilla: ya casi la tocábamos, y la canoa empezaba a rozar en el légame del fondo, y yo no veía por parte alguna señales de choza. Me iba dando a sospechar que habíamos errado el camino, cuando, al volver del último recodo, oí venir de lo alto sobre mi cabeza, como sarta de cascabeles que se desgranase desde las ramas, la voz ingenua y alborozada de Catalina que saludaba con el clásico:

— ¡*Kachelelia maiñ, Padre!*

Aicé con estupor los ojos, y vi lo que apenas es creíble; una vivienda humana enredada, como el nido de un milano, entre las ramas del mangle. Seis tablas toscas apoyadas en las ramas y sujetas con cuerdas componían todo el edificio, que escalé penosamente y con riesgo de irme al agua a pesar de la valiosa ayuda de Luis.

Recibíome con júbilo Catalina sentada sobre un petate y cubierta con la bata blanca de lunares rojos, regalo mío de boda; Gonzalo estaba en pie con el sempiterno taparrabos encarnado. Por todo ajuar se veía un cestito de palma con algunos peces, un arca de madera, en la que me hicieron sentar, una pequeña red colgada del árbol y, atravesados entre las hojas, dos remos cortos en forma de cabos de lanza; abajo, varada en la orilla, cubierta de largas palmas para defenderla del sol, la canoa de Gonzalo.

Lo de la pierna de Catalina era poco, pero iba lento y la obligaría a quietud por algunas semanas: la prometí volver con frecuencia; descendí, con ayuda de Luis y de Gonzalo; volvimos a cobrar la canoa y empezamos a deslizarnos por el limpio canal, acompañados de las cariñosas palabras con que desde su pintoresco albergue nos despedía la agradecida mujer.

Sobre caer no lejos de mi casa el colgante

palacio de Catalina, érame forzoso pasar muchas veces ante la boca del canalito aquél yendo a las tribus de Toloniá y Nanpoñmal o a la remota de Palikir o a las colonias de Mortlok establecidas en el islote de Chokoís. Por eso mis visitas a la simpática vivienda menudearon.

Al embocar el canal repicaba Luis la campanilla, señal de vestirse las mujeres para recibir al Padre; y, antes que pudiésemos dar vista al andamiaje, ya nos salía al encuentro la voz regocijada e inocente de Catalina dándonos la bienvenida.

#### MARÍA CONCEPCIÓN

Aprovechando el paso del *Heyen-Marú*, barquito japonés dedicado a recorrer las islas para cargar copra, hice por este tiempo uno de mis viajes a la isla de Ngátik. Cuando llevaba esta ruta el barco eran tres las islas en que tocaba: Ngátik, Nukuor y Greenwich. Yo desembarcaba en la primera y aguardaba entre aquellos amados cristianos los diez o doce días que tardaba el vapor en regresar.

Esta vez al reembarcar en Ngátik pude ver, no sin maravilla, que además de la copiosa india que siempre venía en la cubierta inferior, se habían acomodado en el puentecillo, donde ordinariamente iba yo solo, hasta media doce-

na de indias jóvenes que, por su tipo y lengua, conocí pronto ser de Greenwich. Un japonés que venía con ellas las atendía con solicitud y cariño.

La primera vez que, vuelto de este viaje, fui a visitar a Catalina, halléla con Gonzalo, y les faltó tiempo para decirme:

—¿No sabe el Padre que el otro día llegaron seis muchachas de Greenwich?

—Lo sé—repuse—, porque vinieron conmigo desde Ngátik, y, por cierto, muy honradas del capitán; en el puente.

—Eso sería—dijeron—porque vienen con el marido de una de ellas que es japonés y la trae para que la vea el médico; que ella está muy mal y se va a morir.

Me interesó la noticia; pregunté a Gonzalo dónde vivía la enferma; me dijo que todas las recién venidas se habían instalado con el japonés en uno de los tinglados de la factoría; que, si tenía empeño en verla, él mismo me acompañaría.

—Pues ¡andando!—les dije a él y a Luis.

Nos descolgamos los tres a la canoa, empuñaron los remos y, sorteando el mangle, salimos a mar libre; izamos la vela a un fuerte viento de popa, y en pocos minutos arribábamos al cobertizo.

Tenía dos compartimentos: el uno ocupado

casi del todo por botes y chalanas del servicio de la factoría; entre estas embarcaciones habían tendido sus petates las jóvenes indias de Greenwich, mis compañeras de navegación, de las que pronto reconocí dos o tres que por allí trajinaban. La otra estancia, a la que se subía por dos peldaños, era menor, pero muy limpia y llena de luz; no tenía más aderezo que la blanca estera donde yacía, con la cabeza apoyada en las rodillas de un japonés, una india muy joven, casi niña, de finísimo rostro moreno, cubierta de una bata azul que dejaba asomar por el extremo los pequeños pies desnudos: otra india, más tierna aún y que tenía con ella increíble parecido, la daba aire de rodillas con un abanico de palma: indudablemente, eran hermanas.

Vi desde luego que estábamos ante un caso idéntico al de Rosa. Saludé al japonés que se mostró muy afable y, después de oírme, dijo que tendría a grande honor que se bautizase su mujer. Acabé de convencerme con esto de que el hombre la quería de veras y de que existía entre ellos verdadero matrimonio; lo que facilitaba no poco mi trabajo.

Empecé allí mismo la catequesis: poco más o menos la hablé como había hablado a Rosa en la primera entrevista, y con idénticos resultados. Candorosa y confiada dirigió a mí sus negros ojos, puros como dos pilas bautismales, y,

como quien oía ya de cerca los pasos de la muerte, con acento de gran sinceridad, me dijo:

—Sí, sí, quiero ser cristiana para ir al cielo.

No recuerdo por qué no confié esta vez a Carmen la nueva catecúmena: instruyóla Teresa de Lukonor, celosa joven de la colonia de Mortlok.

Dos veces al día visitaba a mi enferma cuya vida se apagaba rápidamente, pero cuyo fervor crecía de una manera visible. Cuantas estampas tenía que pudiesen contribuir a facilitarla el conocimiento del dogma o a fomentar su devoción, se las fuí llevando. Mostréle una vez, en catorce grandes cromos de vivo colorido y razonable composición, un Vía-Crucis: maravillóse mucho al verlo, quiso que le colocara por orden los pasos alrededor de su esterilla y pidió que se los dejara allí hasta su muerte.

Era la víspera de la Inmaculada del año 1923: mi gusto hubiera sido bautizarla el día de la Virgen, pero la muerte no daba treguas y, ante el temor de un rápido desenlace, la bauticé. Llamóse María Concepción, fué confirmada y recibió el Viático y la Santa Unción.

Aumentósele la piedad; aún duro su vida media semana. La pobrecilla se ahogaba con la disnea y era oprimida de fuertes dolores de pecho. Una vez en que agonizaba con el ansia de expectorar sin encontrar alivio, estando presen-

te su marido que se desvivía por atenderla, sus amigas y su hermana, la pregunté en un momento que quedó tranquila:

—Concepción, ¿has hecho muchos pecados desde que te bauticé?

—Sí, Padre—dijo con voz entrecortada—; he sido muy mala.

—Pues ¿qué has hecho, hija?—volví a preguntar, seguro de que podía hacerlo.

—No tener bastante paciencia cuando me duele el pecho.

—¡Qué entendería por no tener bastante paciencia aquel ángel que nunca se quejó ni dió molestia a ninguno de los que la cuidaban!

Voló Concepción al cielo; la enterramos junto a Rosa, y el buen japonés la puso una hermosa cruz con sentida inscripción a su memoria; ¡lástima de hombre, que no quiso convertirse!

#### OTRA MARÍA CONCEPCIÓN Y UN FOGONERO

Las amigas de Concepción se hicieron todas católicas, y su hermana la primera, a pesar de lo que trabajó su padre, que era protestante, por arrastrarla a la herejía: todos sus esfuerzos se estrellaron ante la decisión de la valiente niña:

—Yo quiero ser católica—decía—para ir, cuando muera, con mi hermana Concepción.



Ya se levantaba Catalina y la propuse que, abandonando el nido del manglar, se viniese con Gonzalo a vivir en una buena casa de la misión que estaba desocupada muy próxima a la mía: allí podían estar con ella sus paisanas, y yo podría atenderlas mejor. Aceptaron todas con gusto, y se instaló junto a la iglesia aquella comunidad, cuya dirección espiritual asumió Catalina, elevada, por sufragio tácito de las demás, al rango de maestra de novicias.

No sé cómo se las compodría con ellas; lo que puedo decir es que un día vino muy formal a decirme que aquella mañana había prohibido comulgar a una porque la víspera había estado murmurando. La dije que no se metiese en lo que no le tocaba, y que me las dejase en paz. Lo que no la dije fué mi asombro y edificación ante tal delicadeza de alma en tan nuevas cristianas.

Otro día ya trajo un asunto más peliagudo. Es de advertir que, en memoria de la Concepción muerta, habíamos puesto el mismo nombre a su hermanita.

Pues llegóse una tarde Catalina después del rosario y, con aire de gran preocupación, me dice:

—Padre, ha llegado el *Heyen-Maru*.

—Lo sabía—contesté—; ahí le tienes fondeado. Y se lo mostré, que se veía desde allí.

—Viene de Greenwich—añadió.

—Eso ya no lo sabía.

—Y en él viene de fogonero un chico de la isla que está comprometido para casarse con María Concepción, y se la quiere llevar en este viaje.

—Y el barco, ¿cuándo sale?—pregunté con ansiedad.

—Pasado mañana por la mañana.

—Y Concepción, ¿qué dice?

—Que se va con él.

—¡Por amor de Dios, Catalina, éste sí que es compromiso!

Paréme a reflexionar: dos soluciones se me ofrecían para librar del gran peligro a esta alma; casarlos desde luego, usando de la facultad que tenía para dispensar en el impedimento de disparidad de culto, o bautizar al hombre de prisa y corriendo, y casarlos después. Por varias razones opté por esta segunda.

Así se lo expuse a Catalina, encargándola me trajese al muchacho cuanto antes.

Ella me replicó no ser esto muy fácil, porque el vapor no apagaba los hogares y el hombre tendría que guardar sus turnos de fogonero. Repuse que hiciese cuanto fuera posible y que a cualquier hora que el chico desembarcase, de día o de noche, se viniese con él.

Llamé a Concepción en seguida, y pude cer-

ciorarme de que estaba resuelta a irse con su novio.

Pasé la noche desasosegado y caviloso, pero quiso Dios que al otro día muy temprano apareciese a mi puerta Catalina con toda su gente que traían muy ufanos al deseado fogonero; un mocetón alto y fornido, de inocente mirar e hisurta pelámbrrera, embutido en un traje pardo de horrible corte y con unos zapatones que no le dejaban andar.

Empecé a hablarle, siendo intérprete Catalina; pronto nos entendimos: quería a Concepción y estaba dispuesto a ser católico.

Instruí a Catalina sobre los puntos dogmáticos que había de enseñarle, y la supliqué por todos los santos del cielo que no le dejase de la mano. El tenía que volverse al barco, pero creía que por la tarde le permitirían saltar de nuevo a tierra.

—Pues alerta, Catalina; en cuanto desembarque, lo coges por tu cuenta, le explicas lo que te he dicho y te vienes con él, con María Concepción y con otra que pueda ser testigo del matrimonio.

Pasé el día con gran zozobra, pidiendo al Señor no permitiese al demonio enredar la madeja; no salí de casa, y cada hora que pasaba sin que nadie llegase aumentaba la tortura de mi espíritu.

Cerró la noche, y Catalina sin venir; aguardé hasta las diez, hasta las once...: las doce serían y me eché vestido en la cama, bien apenado. Empezaba a dormitar ligeramente cuando me sobresaltó el impaciente repiqueteo de la campanilla de la entrada. Arrojéme alegre diciendo ¡ya están ahí!, y descalzo, abrochándome por el camino la sotana blanca, salí a recibirlos.

Bajo la negra mole del gigantesco mango, alumbrándose con un farol que llevaba Catalina, estaban con ella y con otra, alta y delgada, María Concepción y su amartelado fogonero.

Cerca de nosotros se levantaba entre las sombras la obscura silueta del campanario románico; a nuestra izquierda rielaba la luna en las ondas del tranquilo puerto solitario; allá lejos se reflejaban en el mar las raras luces encendidas a bordo del *Heyen-Marú*, y oíase en el remoto arrecife el sempiterno batir de las olas.

Hice que Catalina fuese preguntando en su lengua al joven las cuestiones de que importaba examinarle: ella me enteraba de lo que respondía el catecúmeno, y vi con placer que lo esencial estaba salvado. Alegre sobremanera, les mandé seguirme; ya íbamos a entrar en la iglesia, alumbrados por el farol de

Catalina, cuando me asaltó un pensamiento amarguísimo: ¿tendría aquella muchacha catorce años, la edad canónica? ¡Y para dispensar en este impedimento no tenía yo facultades!

En otras latitudes hubiera desechado la duda al punto: representaba holgadamente diez y siete años; pero allí es muy precoz el desarrollo de las mujeres, y no podía fiarme de apariencias.

En mi doloroso desconcierto acudí, aunque sin esperanzas de hallar luz, a ella misma: ¡no sabía cuándo había nacido! Catalina tampoco lo sabía: sólo pudo decirme que, cuando Concepción era así (y determinaba con la palma de la mano extendida una estatura), la otra era así (y daba otra medida menor); total, nada.

Mi perplejidad era terriblemente angustiada. Al fin pregunté:

—¿Dónde está el padre de Concepción?

—¡Ay, Padre—me dijeron—, duerme muy lejos!

—Pues, sea donde sea, ahora mismo vais a buscarle; yo aquí espero, si es menester, hasta el alba.

Fuéronse ellos y me quedé solo, pidiendo al Señor, con los ojos en la bóveda estrellada,

me sacase con bien de tan grande trabajo, uno de los más penosos de mi vida.

No sé lo que tardaron en volver, pero vinieron con el hombre, y quiso la Bondad divina tranquilizar por su medio mi conciencia.

Entramos en la glesia; bauticé y confirmé al nuevo cristiano; hizose el matrimonio, y los despedí con la bendición de Dios.

A la mañana siguiente veía yo desde mi galería al *Heyen-Maru* que, dejando en el sereno azul largo penacho de humo, enfilaba la boca del arrecife; a bordo iban los recién casados en viaje de boda; ella de pasajera y él de fogonero. Eran los primeros hijos de la Iglesia que habían de pisar las abrasadas arenas de Greenwich, la isla de juguete atraída por Jesucristo a su redil por unos tristes cocos que el último de sus misioneros daba por caridad, a mil kilómetros de distancia, a una pobre enferma.

Sea, pues, esta isla mi humilde ofrenda al Papa en su Santo Jubileo (1).

(1) Esta narración se escribió para el número extraordinario que *El Siglo de las Misiones* dedicó a S. S. Pio XI el año de su jubileo sacerdotal.

## EL PAJARITO DE LANGAR

Había destinado aquella tarde a descansar de mis faenas apostólicas; echado en una silla larga en el alegre corredor que se abre a la grandiosa bahía, sosegaba mi ánimo en la lectura de "Los Nombres de Cristo", cuando, antes de que pudiese sentir el rumor de sus pies descalzos, se me puso delante un hombre alto y fornido, de edad como de cincuenta años, rostro agradable y mirar inteligente; vestía pantalón blanco muy usado y camiseta, y traía en la mano el sombrero de palmito. Era Cornelio, el de la remota isla de Amboíno, mi fiel amigo y fervoroso cooperador en las obras de celo, el más querido de mis cristianos; interesante figura moral de indio, bien acreedor a que le demos en breve lugar distinguido en nuestra galería de "Flores del Trópico".

—*Kachelelia maiñ, Padre* (muy buenos días, Padre)—me dijo con respetuoso cariño.

—¿Qué traes, Cornelio?—contesté, incorporándome en la silla y cerrando el libro.

—Ya estará el Padre enterado de lo que ocurre en Lángar.

Lángar, la graciosa islita cónica, que se levanta en el mar junto al arrecife, se veía toda desde allí como a cuatro kilómetros de distancia, cubierta de siempre verde y pujante vegetación.

—¿Qué ocurre en Lángar?—le dije, mirando hacia la isla.

—¿Pero el Padre no ha oído nada? ¡Pues si no se habla de otra cosa en Ponapé!

—Te aseguro que nada he oído.

—Pero, ¡si empiezan a interesarse en ello hasta los japoneses! Aunque no es maravilla que el Padre no lo sepa, porque los indios tienen convenido ocultárselo, temerosos de que les va a reñir.

—Acaba de una vez. ¿De qué se trata?

—¿Conoce el Padre a Alfonso y Alfonsa, los de la colonia de Mortlok?

—Los conozco.

—Viven en Lángar del lado allá de la isla, mirando a alta mar.

—Ya lo sé.

Pues verá el Padre: hace tiempo que los de Lángar están amedrentados y empiezan a estarlo también los de Param y los de Net, y los de Matalanim y todos, porque dicen que se viene presentando con frecuencia junto al rancho



de Alfonso un ser extraño, que no se deja ver, pero que habla y dice que es el alma de una criatura que murió en Tacayú el año pasado.

—¿Y quién le ha oído?

—Oírle, muchos, según cuentan; ahora que sólo Alfonsa entiende lo que dice.

—¿Pues qué lengua habla que no lo entiende más que esa mujer?

—El caso es que, por lo visto, no habla, sino que silba como si fuera un pájaro.

—Y Alfonsa, ¿entiende ese silbido?

—Eso dicen; y declara a cada uno lo que la aparición responde a las preguntas que le hacen.

—¿Le hacen preguntas?

—Hasta japoneses van. ¡Si es una peregrinación continua!

—¿Y responde también a las preguntas de los japoneses?

—Sí, Padre; y el otro día le dijeron que cómo entendía el japonés, y él contestó que en el lugar donde se halla se saben todas las lenguas.

No me agradó mucho la noticia, y, menos que todo, la publicidad que se había dado al caso, y, desde luego, me propuse intervenir para cortar pronto aquel asunto que presentaba síntomas bien claros de superchería; que, con lo añados que son los indios y la afición que tie-

nen a lo preternatural y misterioso, podía venir gran daño a mis cristianos y no poco descrédito a la religión católica ante los infieles.

—Bueno—dije a Cornelio—: ¿quién te parece a ti que me puede enterar mejor de todo lo ocurrido?

—Nadie como Alfonso, que lo lleva anotado desde el principio, día por día.

—Pues me vas a hacer el favor de ir tú mismo a decirle que se venga mañana por aquí y traiga esas notas.

Al día siguiente, ya estaba allí Alfonso, noble y humilde, como todos los cristianos de Mortlok; traía un cuadernucho mugriento y enrevesadamente escrito en lengua de Ponapé. No era posible que yo entendiese la endiablada caligrafía. Me fué él diciendo los oráculos más solemnes del misterioso personaje, con el día en que se había hecho cada vaticinio. Tres o cuatro meses antes de nuestra llegada a Ponapé, había anunciado que vendrían misioneros a la isla; en varias ocasiones había exhortado a los indios a prestarse dóciles a las enseñanzas de los misioneros; les recomendaba encargar misas por los difuntos; a Vicente, el jefe de Lángar, que había repudiado a su legítima mujer y vivía con otra, le amenazó una vez con el juicio divino, y así otra porción de cosas.

—Pero vosotros—le dije—, ¿qué oís?

—Nosotros no oímos sino silbar, cuando nos anuncia Alfonsa la presencia del espíritu.

—Y hasta que ella no lo anuncia ¿no oís nada?

—No, Padre.

—Y este silbido, ¿es muy fuerte?

—No, es muy débil; aunque Alfonsa asegura que le oye muy claro y entiende muy bien cuanto dice.

Yo iba atando los últimos cabos; sin duda, se trataba de una mujer anormal, y en el silbido que creían oír los otros, no había sino un fenómeno de pura sugestión. Encargué a Alfonso que me mandase a su mujer al otro día, y le despedí.

Y vino Alfonsa, y me contó, poco más o menos, lo que su marido, pero me dió mucha más luz, porque, mientras la oía y observaba, fuí confirmándome plenamente en lo que ya venía sospechando: era indudablemente una pobre histérica.

—Muy bien, Alfonsa; ¿y se presenta muchas veces ese espíritu?

—Dos o tres por semana; pero casi nunca falta los martes, al anochecer.

—Pues mañana es martes: espérale y, si viene, le dices que, si quiere hablar conmigo, aunque sea por tu medio, me señale día y hora, y yo iré a Lángar.

No tuvo dificultad la buena mujer en aceptar la comisión.

Al tercer día volvió.

—¿Qué hay, Alfonsa, se ha presentado?

—Sí, Padre.

—¿Le has propuesto lo que dije?

—Sí, Padre; y contestó que no tiene inconveniente en hablar con el Padre, y que ya señalará día oportuno; que el Padre está muy ocupado, que no es como nosotros, que no hacemos más que dormir, comer y emborracharnos.

—Mira—le dije—, ése no puede ser el Diablo, porque ha dicho una gran verdad.

Mientras así hablaba, me estaba riendo en mí interior, pensando que Dios tampoco podía ser, ya que precisamente por aquellos días no me apuraba mucho el trabajo.

Pasó tiempo, y al fin, una tarde volvió Alfonsa diciéndome que había llegado la hora; que la víspera el espíritu de ultratumba había hablado y me citaba para el día siguiente, a las doce; ¡cabalmente en la ocasión en que estaba más ocupado!, y ¡a las doce! ¡la hora de la doctrina de mis niños! lo que más sentía dejar, ¡buen modo tenía el espíritu de mirar por mis conveniencias!

Y no fué esto sólo, sino que la mañana siguiente amaneció con viento huracanado y revuelto el mar como pocas veces lo he visto.

Decidido a terminar aquel asunto a cualquier precio, me metí en la canoa con Luis y Donato, y nos fuimos rumbo a Lángar, con toda la molestia que se puede suponer, sin que nos fuera posible izar la vela, que no hubiera resistido el empuje del vendaval.

Llegados a la isleta, empezamos a bordearla en busca de la casa de Alfonso, que estaba de la otra parte.

Es de advertir que yo había encargado muy encarecidamente a mi hombre que no dijese a nadie que yo iba: que estuviesen solos él y su mujer; que no me convenía dar espectáculos. Efectivamente, al atracar pude ya ver gran multitud de hombres, mujeres y niños que, en cuclillas junto a la choza, desafiaban el ciclón, aguardando pacíficamente mi llegada.

Desembarqué malhumorado, increpando duramente a Alfonso por lo mal que me había obedecido, y con el casco colonial en la mano, las barbas agitadas por el viento y la sotana empapada en agua, me dirigí a la puerta.

No se podía entrar en la habitación; estaba llena de gente.

Me enfadé en serio; hice salir a todos. Una vez con Alfonso y su mujer, dije a ésta:

—Son las doce en punto, ¿viene el espíritu?

Quedóse ella como quien escucha, y a poco exclama:

—Padre, ya está aquí. ¿No le oye usted?

—¡Yo qué he de oír! No oigo otra cosa sino el mugir del huracán que amenaza llevarnos con casa y todo, y el estruendo de las olas. ¿Tú oyes algo?

—Sí, Padre.

—¿Y qué dice, mujer?

—*Kachelelia maiñ, Patre* (muy buenos días, Padre).

—Mira, dile que ahorre cortesías; que no estoy para perder tiempo.

En medio de mi enojo, reventaba de risa ante lo cómico de la escena.

—Dile que si va a decir verdad a cuanto le pregunte.

Y Alfonsa se ponía de nuevo a escuchar, muy en su papel de pitonisa. Yo, impaciente, la urgía.

—¡Pronto, pronto! ¿Va a contestar? ¿sí, o no?

—Me dice que contestaría con mucho gusto, pero que, reconociéndose indigno de hablar con persona de tanto respeto, no le preguntemos más, porque se marcha.

Sali disparado, entre el disgusto y la risa, y a toda aquella turba que de la parte de afuera me esperaba ansiosa, como los judíos esperaban a Zacarías a la salida del Sancta Sanctorum, dije en alta voz:

—¡ Todo el mundo lejos de aquí! ¡ se acabaron las apariciones! ¡ esta mujer está loca! A quien vuelva a darle crédito, le niego la absolución.

Es la mayor amenaza que se puede hacer a mis buenos indios.

Y me embarqué en la canoa con mis dos remeros, y me volví, zarandeado por el viento, a comentar alegremente con el hermano, mientras comíamos la ración de plátanos y morisqueta, la estupenda aventura del pajarito de Lángar.





## DOCE DIAS EN LA ISLA DE NGATIK

*De varias cartas dirigidas a la señora Manuela del Piñazo, insigne bienhechora de la Misión de las islas Carolinas.*

Con un indio por criado, y sin más impedimenta que la indispensable para llevar recado de decir misa y algunos objetos de devoción que repartir entre mis futuras ovejas, me embarqué una mañana del mes de Agosto para la isla de Ngátik.

Ngátik se halla cien millas al surboste de Ponapé; pertenece al grupo de islas bajas, de formación madreporica, de que hay buen número en esta parte oriental de las Carolinas.

Como es tan escasa la importancia de estos pequeños arenales, donde apenas se da más que la palma de coco, nadie los visita, ni sus moradores tienen manera fácil de ponerse en relación con otras gentes: para ellos el colmo del turismo es alargarse hasta Ponapé.

En varias de estas islas no hay memoria de

haberse predicado nunca la verdadera religión. En cambio, todas han sido recorridas por emisarios de las sectas protestantes, que pasaron bautizando inválidamente a diestro y siniestro, sin enseñar más dogmas que el odio al catolicismo, ni imponer otros preceptos que la abstención del vino y del tabaco.

Varios católicos de Ngátik, convertidos en Ponapé después de mi llegada, daban por seguro que, en cuanto un misionero católico fuese por allá, todos o casi todos sus paisanos se habían de venir a nuestra santa fe; y ellos mismos se ofrecían a acompañarme, si me animaba a la empresa.

Animos tenía, fiado en Dios, para cosas mayores; y así, en la primera ocasión, me embarqué en un vaporcito de ruín catadura que se dedica a recoger la copra del archipiélago; y, según lo prometido, se embarcaron también Santiago y Mariano, con sus hijas Isabel y María Visitación, y algunos católicos más, dispuestos a trabajar en la conversión de sus amigos y parientes.

Me aconsejaban que, por razón de la pobreza de la isla, llevase repuesto de provisiones. Hubiera creído hacer agravio a la Providencia, que tan paternal se me ha mostrado siempre, y no quise ni víveres ni dinero; ni siquiera vendas para ciertas llagas que tenía en el pie y venía

curando a diario desde muchos meses. Lo cierto es que no pasé mucha hambre, y volví con las llagas cerradas, y, lo que vale más, con no pequeño aumento de confianza filial en Dios.

El barco ya he dicho que era pequeño y malo; y andaba a paso de gabarrón: así que empleamos veinticuatro horas largas en recorrer las cien millas.

Sólo había disponible un camarotucho, que ocupó un empleado del Gobierno.

No quiso permitir el Señor que yo pasase a la intemperie la noche, que cerraba en lluvia, con el mar agitadoísimo: lo mejor del barco me tenía reservado. El buen japonés que iba de capitán, con quien aún no había cruzado una palabra, me forzó a entrar en su propio camarote, cómodo y bien aireado sobre el puente; puso luego ropa limpia en su litera y, sin admitir excusas, me hizo acostar. Agasajo que no le ocurrió ofrecer al pastor protestante, compatriota suyo, que iba también allí, y hubo de dormir al raso en una mala silla.

Porque es de saber que al rumor de que el misionero católico trataba de ir a Ngátik, se alarmaron grandemente los protestantes de Pónapé, y acordaron enviar comisión de los más audaces, presididos por su jefe, a dar la batalla.

La isla de Ngátik es una linda playa de fi-

gura oval, de medio kilómetro de anchura por dos de longitud, poblada de cocoteros, que se presenta a los ojos del navegante como maceta verde festoneada de blanca arena y defendida del ímpetu de las olas por un arrecife de coral que la circunda a quinientos metros de distancia.

El desembarco en días de calma no ha de ofrecer dificultad; pero la tarde aquella el mar estaba muy bravo; nuestro barquito, no pudiendo fondear, se puso a dar bordadas bien lejos de las sirtes, mientras con la sirena anunciaba su llegada a los pacíficos isleños para que acudiesen en sus canoas a recoger la gente.

No pensé que se atreviesen a entrar en las revueltas mares con tan frágiles embarcaciones; pero cuando quise recordar, ya andaba cerca del vapor una, larga y estrecha, gobernada por tres valientes puestos en pie. Como no era posible arriar la escala, se acercaron por el costado opuesto, donde, en poco tiempo, se formó una flotilla de canoas. Era de ver cómo se descolgaban por la borda hombres y mujeres, y cómo los de arriba entregaban a los de abajo bultos, y después chiquillos, que bajaban aullando.

Yo veía alejarse hacia el arrecife, donde rompía el mar, canoas y botes bien zarandeados por las olas; y andaba considerando cómo

no era posible a mi escaso temperamento de grumete desembarcar en la forma que lo estaban haciendo aquellos indios. El Señor vino de nuevo en mi ayuda: se me presentó el joven sobrecargo del buque, simpático japonés, y me dijo: “Usted irá el último; se le pondrá el bote grande del barco, y le acompañarán cuatro hombre de a bordo”.

Allá me descolgaron, como se había hecho con las criaturas, y empezamos a dar tumbos, camino de la rompiente. Cuando el fondo iba siendo poco, me pasaron sobre las mismas olas a un bote de menos calado, y después a una canoa que llevada a rastras, cuando ya no había agua en que flotar, me dejó salvo en la arena.

Con fría curiosidad me vieron llegar los niños y mujeres que había en la playa. Después supe cómo se había dado prisa a ir a tierra un protestante para dar la voz de alerta de que a bordo venía un misionero católico, que no se dejasen engañar.

Sin sombra de desaliento, antes más esforzado y puesto en Dios cuanto más sañudo veía al infierno en contra mía, fuíme tranquilo en busca de la posada que me brindó la única familia católica que a la sazón había en Ngátik

Acostumbrado a los detestables caminos de Ponapé y a sus montes y maniguas, hallaba sumo placer en pisar el suelo enarenado de aquel

delicioso parque de palmeras, llano como un salón, sin una piedra ni un charco, ni un resbaladero.

Las mismas chozas puestas a los lados del ancho camino, por donde un automóvil podría dar vuelta a la isla, son más limpias y graciosas que las de Ponapé, y sus moradores de tipo más varonil y maneras más atrayentes.

La familia de Silvestre se había instalado no sé dónde, creo que en un mal cobertizo de guardar canoas, para dejarme libre su pobre rancho: una pieza de cuatro metros en cuadro, levantada un metro sobre el nivel del terreno, cubierta de hojas de palma, con dos huecos fronteros para entrar, sin puertas con que poder cerrarlos, y un balconcillo o tarima saliente de la parte de cada hueco; el ajuar era una mesita, un velén de petróleo, dos estereras y un arca diminuta para sentarse; en la pared a que estaba arrimada la mesa había pegadas infinidad de estampas de papel de todos tamaños y asuntos.

Acomodé mi silla de dormir en un rincón, y salí a visitar a los buenos católicos que habían ido conmigo desde Ponapé. Supe que el pobre Santiago había naufragado en el famoso desembarco, yéndose al mar las arquitas en que llevaba su escasa ropa y la de su hija Isabel; todo pudo recobrarlo, pero en el estado que se deja entender. Me ofreció de corazón su casita

y, como gran obsequio, un plato de arroz, que no me fué posible aceptar, porque débil y aún no repuesto del mareo, no tenía el estómago para engrudos. Por no desconsolarle le dije que me diese un coco para beber, y quedó tan contento.

Pronto pude notar que la cuestión religiosa se había hecho único asunto de interés en la isla, y que el protestantismo se revolvía contra los que venían a disputarle la pacífica posesión de aquel bello jardín. Mi gente iba resuelta a dar la batalla, y, desde el primer día, entró en fuego. Más tarde supe que Santiago se había encargado de hacer ante sus compatriotas la presentación de todos los protestantes que habían ido de Ponapé: ¡qué semblanzas, cielo santo! Quién resultaba ladrón, quién concubinario, quién procesado por la justicia...; en fin, no había por dónde cogerlos, ni con tenazas. No fué ciertamente el menor fruto de aquella empresa el gran celo que despertó en el alma de los católicos; cada uno de mis indios parecía un misionero: el que tenía instrucción para enseñar, enseñaba; quien no se atrevía a tanto, me pedía catecismos y estampas y los propagaba entre sus conocidos; unos me daban cuenta del estado de los ánimos y me aconsejaban, como prácticos del terreno, lo que a su juicio se podía hacer; otros acudían a reuniones de los pro-

testantes, que menudearon mucho aquellos días, para tenerme al tanto de lo que en ellas se trataba; quién se dedicaba a preparar catecúmenos; quién me traía sus conquistas. Oían todos misa diaria y rezaban el rosario por las tardes, y comulgaron los más de los días; a no ser el famoso Mariano, que no comulgó nunca porque estaba muy irritado contra los protestantes, y le parecía que al fin iba a tener que andar a voleos. Tuve que pasarle aviso que se moderase, no fuésemos a echar a perder la obra.

De todos, el que mayor celo desplegó y mejor lo hizo, fué mi criado Luis, a quien hace mucho deseo presentar a mis amigos de España y América.

Luis tendrá como treinta y cuatro años, es alto y bien formado, más blanco de lo que por aquí se estila, inteligente y fino, muy instruído en la religión por haber estado desde niño con los misioneros, de vida intachable y gran piedad; comulga todos los días. Está casado con Isabel y tienen cinco hijos, cuatro niñas y un chiquitín, agraciados y despiertos que es un encanto. Viven en una casita de la Misión junto a nosotros. Isabel nos cuida la ropa y la de la iglesia, y Luis ayuda al hermano mientras no haya que salir al mar; que entonces él es mi compañero inseparable; maneja admirablemente la canoa y es un especialista en la vela: bas-



te decir que en más de un año que lleva conmigo no hemos naufragado una sola vez; y eso que no es cobarde para izarla en casos de compromiso, en que embarcaciones mayores que la nuestra no se atreven a darse al viento. Sólo una vez me avisó que me descalzase, porque tendríamos que nadar, pero no pasó nada; y en otra ocasión nos fuimos a toda vela contra unas rocas, que no pudo ver por lo negro de la noche.

Si como marinero no será fácil hallarle mejor, como catequista no tiene rival: ¡qué buen sacerdote hubiera hecho! Creo pasan de veinte los que antes de entrar él a mi servicio me trajo a bautizar ganados e instruidos por él. Cuando llevamos el Santo Viático a los moribundos, da gusto ver la piedad con que les ayuda a dar gracias; más de uno debe a su solicitud el no haber muerto sin sacramentos. Ayer mismo le oía exhortar a una hermana suya que desea apartarse de una mala compañía, pero vacilaba un poco por miedo a ciertas amenazas de que la pondrán presa.

—¿Cuánto puede durar la prisión?—le decía—, dos o tres meses; en cambio, si mueres en pecado, estarás toda la eternidad en el infierno.

En Ngátik confió el aderezo de mis pobres comidas a su cuñado José, y se entregó de lleno a la propaganda. ¡Cuánto se movió y qué bien lo hizo!

Consejos a unos, instrucciones a otros, disputas con el de más allá. Si dudaba en algún punto más sutil del dogma, venía a preguntarme, y en seguida vuelta a la faena. Al volver me decía:

—¡Lástima no haber traído a Isabel! Me hubiera quedado aquí un año al cuidado de los nuevos católicos.

Convinimos en que para la vez próxima irán Isabel y los niños, y se quedarán, si no un año, al menos cuatro o seis meses o hasta donde permitan mis escasos recursos: porque, naturalmente, yo he de sostenerlos en ese tiempo, y, para suplir a Luis en Ponapé, he de tomar otro criado. Aunque me quede sin comer, le dejo en Ngátik; que estoy seguro que en medio año me duplica la cristiandad.

Volviendo al primer día, eran más de las cinco de la tarde y aún no había desayunado, con la esperanza de poder celebrar; lo poco que tomé en el vapor fué pronto por la borda; total, que llevaba cerca de cuarenta horas sin comer. Muerto, pues, de hambre y muy cansado, me retiré a mi alojamiento cuando empezaba a oscurecer.

Al momento se presentó el simpático José, trayéndome caldo y buena ración de gallina. Luego me partió dos cocos para beber, porque el agua en Ngátik es pésima.

Este joven se constituyó, como digo, en mi cocinero por delegación de Luis: y, ora adobando raíces de las que por allí se comen, ora con alguna gallinita que regalaban, o algún huevo, siempre con agua de coco, fué sosteniendo mis fuerzas tres veces al día los doce que duró la misión.

Mucho cielo ganó en ellos el pobre José, tan modesto, tan calladito y urbano; ni siquiera permitía a su chiquitín, que a todas horas quiere venir donde el Padre, que se acercase mientras yo comía: era preciso que yo le mandase traer al "hombre negro", como llamo siempre a Juanito por su color más obscuro que lo normal entre estos indios; pero tiene cara monísima y es muy listín, y, por ser tan buenos sus padres y la esperanza que tengo de poder educarle a mi gusto, le he marcado ya para alumno de la futura escuela apostólica de la Misión; lo mismo que a su primo, el pequeño de Luis, que parece un principito (1).

Cenado que hube y siendo ya de noche, me recosté vestido en la silla, esperando descansar para dar al siguiente día principio a mi campaña.

Como dormir allí era dormir al aire libre,

---

(1) Juanito aún vive; el pequeño Pedro murió con la gracia bautismal; fué tanto el dolor de su padre que a los pocos meses se fué tras él al cielo.

ordené a Luis que no se apartase de mí nunca por la noche: que estos protestantes las urden en el viento, y toda precaución es pequeña.

Ya empezaba a rondarme el sueño cuando he aquí que se me entran por las puertas no sé cuántos rapaces como de diez a catorce años, y se me sientan en el suelo junto a la silla, con la misma naturalidad que si toda la vida nos hubiésemos conocido.

En los niños, que no saben de fingimiento, se admira más que en nadie la obra del Espíritu Santo en la salvación de las almas. ¿A qué venían aquellas criaturas? ¿de dónde sacaban tal confianza en un extranjero, en hábito por ellos nunca visto, y con barbas tamañas, producto también exótico en su isla?

Me esforcé por atenderlos, a pesar de mi cansancio: no recuerdo de qué hablamos, ni cuántos, ni quiénes eran; pero sin duda que allí estarían lo que después se hicieron mis amigos inseparables, que no me dejaban de día ni de noche, porque, aun de noche, cuando yo conversaba con las personas mayores, se echaban a dormir a mi lado como perrillos fieles. A buen seguro que entre aquellos primeros visitantes estuvo Lucas. Porque a Lucas le tenía escogido el cielo, y la gracia le empujó hacia mí con fuerza casi irresistible.

Creo que fué la segunda noche: me rodea-

ban hasta ocho o diez chiquillos, de los cuales algunos se preparaban ya para ser bautizados; cuando entra Luis y, poniendo la mano sobre la cabeza de uno como de once años, flaquito y feo, vestido con solo un mal taparrabos, me dice:

—*Lukes* también quiere ser católico, pero su padre no le deja.

El rapaz, nerviosuco, se echa a llorar con rabia y:

—¡Aunque mi padre no quiera—dice—, yo me he de bautizar!

Tenía determinado, para no empezar irritando a la gente, no llevar desde luego las cosas a punta de lanza, y así no admitir a ninguno al bautismo sin previa autorización de sus padres. Pero en la vocecita de aquel niño vibró un timbre de tanta sinceridad, que resolví hacer en favor suyo una excepción y bautizarle, aunque en secreto.

Puso interés muy grande en instruirse, y lo consiguió en pocos días. El señalado para el bautismo le encargué no faltase por la noche a la acostumbrada tertulia en mi habitación, y que procurase con disimulo quedar solo cuando todos se hubiesen retirado.

Se presentó con los demás a la hora de siempre, envuelto en un retazo de sábana vieja, porque el pobrecito estaba enfermo: tosía mucho y

tenía algo de fiebre. Allí se estuvo echadito hasta que desfiló el último. Lo hizo como discreto, y, sin que nadie lo advirtiese, quedó con Luis y conmigo.

Volví a preguntarle si de veras quería ser católico: me dijo que con toda su alma. Hícele sentar en la arquilla, le di un poco de vino del que tenía para celebrar, y, a la luz de una lámpara de carburo, le administré el santo bautismo con todas las ceremonias de la Iglesia; y al fin, le eché al cuello, como a todos los bautizados en Ngátik, linda medalla con cordón celeste, regalo de las señoritas del Colegio del “Cerro” de la Habana.

Luis fué su padrino: llamóse Lucas por la semejanza con su antiguo nombre de *Lukes*.

Quedó gozosísimo; tanto que, no cabiéndole la alegría en el corazón, debió confiar a otros niños el secreto de aquella noche. Lo cierto es que a la siguiente ya lo sabía su padre, el cual se irritó sobremanera contra mi Lucas, y parece que amenazó con matarle. Así que el chiquillo, no atreviéndose a volver a casa, vino a enterarme de lo que sucedía.

No fué para mí de pequeña consolación descubrir, a través de aquel cuerpecito medio desnudo, delgaducho y feo, un alma de temple de mártir:

—Aunque me pegue—decía—, aunque me mate, ¡yo no dejo de ser católico!

Pensé ir yo mismo a desenojar a Benjamín, que así se llama el padre de Lucas, bautizado por los protestantes; después tuve por mejor hacerle llamar, y vino; pero ¡qué enojado!

Hombre como de treinta y cinco años, alto y cenceño y de maneras nada rudas, hablaba con calma, pero con profundo sentimiento de lo que él llamaba una burla de su hijo.

Le hice ver que su hijo no había querido ofenderle, y salí fiador de que desde entonces había de notar en Lucas más cariño y obediencia, porque la doctrina católica manda eso a los hijos.

Se fué calmando, y me prometió no molestar al niño. Dijo que él no pensaba mal del Padre misionero, y que era uno de los que me habían ayudado en el peligroso desembarco al día de la llegada. Se lo agradecí; y, hablando, hablando, vino a decirme que tiempo atrás había tenido un sueño: le pareció ver llegaban a la isla dos personajes; y que el uno, vestido como el Padre misionero, se le acercaba y le decía:

—Dos religiones vienen a Ngátik; la verdadera es la que prohíbe en ciertos días comer carne.

Benjamín no se ha convertido aún. Espero en

Dios que lo hará a mi vuelta a Ngátik; aceptó con mucho gusto el catecismo que le di, y me despidió a la partida con muestras de grande afecto (1).

Lucas no se apartaba de mi lado: cuando a las seis de la mañana salía de mi ranchito para ir a celebrar, ya estaba él esperándome: tomaba el crucifijo y le llevaba enarbolado hasta el cobertizo donde había de ser la misa. Luego, si otro no se le había adelantado, cogía el esquilón y corría de acá para allá por entre los árboles, convocando a la gente. Comulgaba muy devoto y acudía al rosario por la tarde.

El día que hube de embarcar de vuelta, me fué preciso, por estar la marea baja, recorrer a pie, remangado hasta la rodilla, largo trecho del arenal, hasta ganar la canoa que había de conducirme al vapor. Junto a mí venía Lucas, llevando al hombro mi silla de dormir. Al despedirme le di mi propio rosario, y, aconsejándole que fuese muy bueno, le prometí que, cuando volviese a visitarlos, le había de traer conmigo a Ponapé.

Como para entonces esté en marcha el colegio de niños que tanto deseo, no será sólo Lucas; vendrá también Juanito, otro héroe de nueve años; otra de las ovejitas que vinieron dó-

(1) No se convirtió sino años más tarde estando yo de vuelta en España.



ciles y presurosas al primer silbo del Buen Pastor.

Un día se habían de bautizar, según lo concertado la víspera, tres niños: Enrique, Antonio y Juan. A la hora en que había de empezar la ceremonia faltaba este último. Pregunté por él, y me dicen que un protestante no le dejaba ir. Fuíme derecho a la casa donde estaba el prisionero; algunos hombres de los míos vinieron detrás: iba determinado a jugar la partida en cualquiera forma.

El atrevido hereje estaba de centinela junto a la casa:

—¿Dónde está ese niño?—pregunté.

—El niño está ya bautizado—repuso con ira—y usted no puede bautizarle otra vez.

—Usted—le dije—no tiene que meterse en lo que yo hago. ¡venga el niño!

Y me fuí a la casa del pequeño.

Juanito, sentado en el arca, sin más que el pobre taparrabos rojo, lloraba con gran pena.

—No llores, hijo mío—le dije—; vente conmigo, que nadie te molestará.

Levantóse haciendo pucheros, y descolgando de una viga sus calzoncillos blancos y su camiseta, se los vistió entre suspiros. Le tomé de la mano, y, por delante del grupo en que el mal hombre seguía perorando furioso, le llevé a bautizar.

—¡Pobre Juanito! ¡tanto como él quiere a la Virgen!

—Padre—me decía, mirándome con su carita redonda llena de candor—, siempre que yo oiga hablar de cosas malas me echaré a correr en seguida.

Al fin, Lucas y Juan, y Luis y Felipe, y Antonio y varios otros fueron afortunados y quedaron dentro del redil; pero ¡y Elkas, y Elin, y Seleuden, y Piseuti y tantos más que venían a mí de noche para decirme con timidez que también ellos querían ser católicos y sus padres no les dejaban! ¿qué no iba yo a hacer por estos corderitos de Cristo? Les di cuanto llevaba: estampas, catecismos, rosarios... hasta la colección de grandes cromos, de que había propuesto no desprenderme, fué repartida. Si llego a estar quince días más con ellos, les doy mi propia ropa.

Son muy pobres, y mi gran placer hubiera sido poder regalarles camiseta y tela para hacerse pantalones; pero yo estoy más pobre que ellos; en fin, Dios proveerá.

Como proveerá de trajecitos para las niñas. Por de pronto, de los treinta y ocho que me envían las alumnas de la Enseñanza, de La Coruña, más de veinte serán para ellas; que también entre ellas quiso el Señor escogerse un rebaño: Emma, Emerenciana, Ruth, Magda-

lena y la dichosita María de las Mercedes, inocente criatura de doce años, muy enferma del pecho, que es seguro que a mi vuelta a Ngátik habrá ya volado a la gloria.

Porque no se fatigase hube de bautizarla en el balconcillo de su propio rancho, sentada sobre una estera de palma; y allí la confirmé, y recibió la primera comunión por Viático y después la Extremaunción. Al día siguiente hizo un esfuerzo y fué a rezar el rosario con todos; y el último día quiso oír misa y comulgar. Dos veces ha recibido el cuerpo de Cristo; pronto iré a verle en el cielo adornada con la blanca estola de la inocencia bautismal.

Me pidió una estampa grande: sólo me quedaba un cromo de la "Cena", de Vinci, que pensaba colocar en nuestro comedorcito de Ponapé; sin embargo, se lo di con mucho gusto.

\* \* \*

No fueron sólo niños; también entre la gente madura trabajó la gracia eficaz.

El Señor misericordioso me deparó desde luego el hombre necesario para apacentar la pequeña grey en mi ausencia. Protestante de los más calificados, se bautizó con su mujer y su hijo, no sin gran disgusto de los prohombres de la secta.

Llamóse Julio y quedó encargado de velar por la naciente iglesia de Ngátik, y de instruir y bautizar a los que se fuesen convirtiendo.

Le dejé libros, estampas, medallas y la esquila grande para convocar a la gente al rosario los domingos y a la doctrina. Llevará nota de la asistencia y comportamiento de los niños, para darme cuenta en la primera ocasión. Les prometí que, si eran buenos y aplicados, había de llevarles juguetes muy bonitos y ropa; confío de tal manera en la Providencia, que no dudo en prometer lo que no tengo. También les prometí crucifijos, que tampoco tengo; y a punto estuve de dejarles el grande que llevo siempre en mis correrías, regalo de las celosas "Cooperadoras de las Misiones", de Santander.

Les encargué mucho, a Julio sobre todo, que ayudasen a los moribundos, exhortándolos a la confianza en Dios y en la Santísima Virgen, y a dolor de sus pecados; y que señalasen pronto un terrenito para cementerio católico, y pudiesen cruces en las sepulturas.

Para mi vuelta, allá por Enero, ya descansarán allí Mercedes y el viejo Isaac, varón justo, nuevo Simeón, que durante ochenta años ha esperado en aquel breve arenal la visita de Jesús.

En cuanto di con este santo anciano, entendí que principalmente por él me había llevado el

Señor a la isla. Desde la primera tarde, como si él y la Virgen estuviesen de acuerdo, venía apoyado en su palito al rosario, y a la misa por las mañanas, con tanta sencillez y naturalidad como si lo hubiese estado practicando la vida entera.

Se instruyó muy pronto en lo esencial, y, después de bautizado y confirmado, pudo aún recibir la sagrada Eucaristía cinco veces; y, en atención a sus muchos años, una mañana de cielo radiante y azul, a la orilla del mar tranquilo, entre el rumor de las ondas y las palmeras mecidas por el viento, le administré, a presencia de cuantos aguardaban para oír misa, el Santo Viático y la Extremaunción. ¡Prodigios de la gracia en las almas fieles! Por todo lo que entendí, el feliz viejecito no había manchado nunca su alma con culpa grave.

Esta ovejuela entró en el aprisco en cuanto le abrieron la puerta: ¡había esperado tanto!

Otras hubo más cerreras, que fué preciso ir a buscar. Los emisarios del protestantismo los habían prevenido de suerte que la mayoría ni por curiosidad se acercaban al lugar donde se hacían las instrucciones.

#### DIÁLOGO EN UN BANQUETE

A los diez días volvió el barco de las islas Greenwich y Nukuor a cargar los cocos de



Ngátik. Venía a bordo el pastor protestante y un japonés que iba en viaje oficial de inspección a las islas bajas donde no tiene representante el Gobierno. Los indios, poco hechos a graduar categorías, temen y respetan a semejantes empleados como al mismísimo Emperador. Creyeron, pues, el rey de la isla y los de su consejo que era del caso ofrecerle un banquete; al cual invitaron al pastor y, por pura cortesía, a mí también.

Como el agasajo se hacía a una potencia neutral y no había de tener ni sombra de fiesta religiosa, acepté, aun sabiendo que, fuera del japonés, todos los comensales iban a ser protestantes.

Largo tablón a medio desbastar, puesto debajo de los cocoteros, hacía de mesa; sentaron en una de las cabeceras al japonés, al pastor a su derecha y a mí a la izquierda; de modo que veníamos a quedar uno frente a otro y casi tocándonos. El resto de la tabla lo ocuparon los conspicuos de Ngátik y algunos de Nukuor.

Alrededor en pie los curiosos, es decir, todos los hombres, mujeres y niños de la isla. Un plato para cada uno y un vasuco que un indio se encargaba de llenar, cuando era menester, de agua de coco: no había otra bebida. Se sirvieron montones de tocino y pepitoria de gallina en abundancia, y, de postre, roñosos pláta-

nos, de los pocos y malos que da aquel arenal.

Al verse el pastor protestante entre tantos y tan principales de los suyos que, por su número y calidad, abrumaban a la insignificante minoría de los católicos, creyó sin duda la ocasión propicia para humillarme y molestarme delante de todos y, encarándose conmigo, me dijo en lengua del país:

—Ya he sabido que los diez días que ha estado usted aquí se ha despachado a su gusto hablando mal de los protestantes.

—No le han informado a usted bien—contesté—: porque eso no es verdad.

—Pues dicen que usted ha predicado que los protestantes no se salvan.

—Eso ya es otra cosa—repuse—: eso sí lo he dicho, porque es verdad.

—De modo—respondió él, como quien esgrime un argumento definitivo—que usted ha subido al cielo y ha visto quiénes entran y quiénes no entran allí.

Y se quedó mirando con cierta sonrisa de triunfo.

Para entonces ya se habían arremolinado junto a nosotros casi todos los indios al olorciello de la polémica.

—No—le dije—, yo no he subido al cielo, ni es menester, y, aunque yo hubiese subido, mi testimonio poca fe merecería: lo que hay es

que ha bajado del cielo nada menos que el mismo Dios a decírnoslo.

—Y ¿cuándo lo ha dicho?—preguntó él.

—Cuando envió a sus Apóstoles a predicar *toda* su doctrina; entonces dijo: “quien no creyere, se condenará”; y como los protestantes no creen *toda* la doctrina de Cristo...

Quedóse desconcertado, porque era hombre para poco, y empezó a ponerse nerviosísimo. Viéndole ir ya cuesta abajo, parecióme que debía empujarle hasta el fondo; y, así, le dije:

—Mire usted: creo que no estamos correctos al entablar disputas de religión delante de este señor que no entiende de estas cosas; ahí está la capilla protestante: si usted quiere nos reunimos en ella esta tarde los dos con toda la gente de uno y de otro, y allí disputamos cuanto usted guste.

No esperaba él tal propuesta. Negarse hubiera sido declararse vencido; aceptar, no le convenía. Al fin, dijo:

—Bueno; acepto, pero a condición de que a nuestro regreso a Ponapé hemos de volver a disputar en la Iglesia católica.

—Sin inconveniente—repuse—; yo retiro de allí el Santísimo Sacramento, y disputamos.

Yo me ofrecía a estas disputas, sin contar con nadie, porque sabía de sobra que el hombre no había de aceptar; por lo demás nadie ig-



nora que estas cosas no se pueden hacer sin permiso del Ordinario.

Algo de esto había oído sin duda el pastorcete aquél y, queriendo buscar por aquí salida a su desairada situación, dijo:

—Pero a usted ¿le permiten eso sus superiores?

—Ese es punto que me interesa a mí sólo —repuse—; con que, si usted quiere, vamos ahora mismo a la capilla protestante.

Entonces el hombre mascullo cuatro disculpas y, aprovechando que el japonés se ponía en pie, levantóse precipitadamente y se confundió en el gentío de los suyos, tan aturdido y falto de serenidad que fué menester que yo le llevase el sombrero que se dejaba olvidado.

En gran manera sirvió este episodio para el descrédito del pastor y aumento del prestigio de la religión católica.

Como faltaban pocas horas para el embarque, quise aprovecharlas: ¡Cuántas visitas hice casa por casa con el crucifijo en la mano!, ¡cuántas medallas repartí, y cuántos escudos del Sagrado Corazón! ¡Cómo sentía no tener abundancia de cromos grandes de la Inmaculada, de la Anunciación y demás misterios de la Virgen! Quería dejar su santa imagen en las viviendas de todos aquellos infelices, que han

aprendido de los secuaces de Satanás que es sacrilegio honrar a la Madre de Dios.

Este pensamiento me enardecía sobremanera, y me daba y sigue dando gran seguridad de que la Virgen tomará el negocio por suyo, y nos dará victoria de sus enemigos que, para vergüenza nuestra, se nos han adelantado a tomar posesión del archipiélago.

Yo espero que antes de mucho se ha de levantar en Ngátik linda iglesita dedicada a la Purísima Concepción. Será de piedras de corral, que sacaremos del arrecife, con airoso campanario que puedan ver a muchas millas cuantos navíos crucen aquellos mares; y la cubriremos, no de ramas, sino de fuertes láminas de cinc, para que sea más firme y más vistosa, y pueda a la vez recoger las lluvias en un grande algibe, que surta a la isla de buena agua potable y sea figura sensible de los sacramentos que dentro de la iglesia suministrarán el agua purísima de la Gracia a esos pobres hermanos nuestros que hasta ahora han estado bebiendo del charco infecto de la herejía. Y pondremos campana bien sonora, que haga callar al caracol marino con que los protestantes se convocan a sus frías mojigangas. Y la iglesia tendrá buenos ornamentos y vasos sagrados y hasta sotas y roquetes para los monaguillos; y la estatua del altar será de la Purísima hollando a la

serpiente; para que nunca olviden los nuevos hijos de la luz a quién deben su redención y el haber salido del triste cautiverio de Satanás. ¿Qué le cuesta a la Virgen tocar unos cuantos corazones de los que bien la quieren y moverlos a contribuir a la construcción y alhajado de su iglesia de la Concepción de Ngátik? Que donde el Demonio pudo levantar un templo en que burlar las almas, mejor podrá Ella levantarse otro donde cobijarlas al calor de la Eucaristía (1).

Al pensar lo que mis niños de Ngátik han de afanarse por llevar a las gradas del altar suavísimo de María las pobres flores que brotan al pie de sus palmeras, recuerdo con ternura la estrofa incomparable de Manzoni y me ilusiono pensando que en su altísima inspiración profetizó de nuestra isla, cuando dijo:

*In che lande selvagge, oltre quei mari  
Di sí barbaro nome fior si coglie  
Che non conosca de tuoi miti altari  
Le benedette soglie?* (2).

---

(1) Al fin se armó en Ngátik una iglesia de madera, construida en Ponapé, de 5 X 17 ms., cubierta de cinc, y se ha puesto en ella una estatua de la Inmaculada.

(2) ¿En qué arenal salvaje o en el confín de qué remotos mares se cogen flores de nombre tan bárbaro que algunas veces no hayan ido a adornar tus mansísimos altares?



## SEGUNDA VISITA A LA ISLA DE NGATIK

Creí que hasta Enero no volvería a visitar a mis nuevos cristianos de Ngátik; pero el Señor ha dispuesto que sea antes.

Me anunciaron que el 7 de Diciembre salía el vaporcito de la copra: me contrarió la fecha; porque tenía muy animada a mi gente de aquí para celebrar la fiesta de la Purísima, y esperaba una muy brillante comunión general. Por otra parte, saliendo el 7, no llegaría hasta el 8 por la tarde; y me quedaba sin misa el día de la Virgen.

Ella lo hizo mejor que yo pensaba. El temporal reinante, aunque tenía el mar revuelto, era favorable a la marcha del barco: y así, cuando a las ocho de la mañana, mareado y molido de la mala noche, subí al puente, vi ya a lo lejos las palmeras de mi amado jardín. Dos horas más tarde llegaríamos.

Comprendí que la Virgen, a cuya Concepción Inmaculada había consagrado la isla, aceptaba el humilde obsequio, y quería consolarme

llevándome en su día a celebrar la misa en Ngátik.

Puesto el barco al socaire del temporal, pudo arriarse la escala. Aún no me había acomodado en el bote, cuando sentí que una mano amiga estrechaba con efusión la mía: era Julio, mi hombre providencial; ¡qué alegre estaba! Les habían dicho los protestantes que el policía japonés que fué la vez pasada había prometido que el Gobierno prohibiría al Padre volver, porque perturbaba la isla. Con esta mentira estaban los nuevos católicos consternados. Por eso, en cuanto apareció el vapor, se echó Julio al mar en su canoa para salir de la ansiedad. Tal fué su gozo que, según me dijo Luis, hasta la noche de aquel día no se acordó de comer.

Al saltar en tierra sobre los charcos de la baja mar, con el crucifijo en la mano, vi no lejos a Benjamín, y me disponía a ir a saludarle, cuando me siento quitar el crucifijo: mi Lucas, que ya no había de separarse de mí hasta verme a bordo de vuelta; por los ojos se le escapaba la alegría y el cariño; ¡singular criatura!

Benjamín me recibió con muestras no fingidas de gran afecto. “¡Este ya se entregó!”, dije para mí, y en efecto, supe después que había dejado a Julio encargo secreto de comunicarme su resolución de hacerse católico. En

aquel momento embarcaba para la isla de Nukuor.

En poco tiempo me vi rodeado de todos los míos: Luis, Felipe y Antonio cargaron con las cajas y la silla; los chiquitines me cogieron de la mano; las mujeres detrás, y Lucas con la cruz, nos dirigimos, entre las miradas estudiadamente indiferentes, no hostiles, de los protestantes, al cobertizo donde había de ser la misa.

Eran las once y media. ¡Con qué gozo me vestí la casulla azul, y cuán agradecido estaba a la Virgen que, por manera tan inesperada, me había llevado a decir la misa de su Concepción en Ngátik! Ya no puedo dudar de que la Virgen ha tomado la isla por suya. Verdaderamente que el Señor es fiel a su palabra, y estará con sus misioneros todos los días hasta el fin del mundo.

Fiestas espléndidas he visto el día de la Inmaculada en las iglesias de por ahí; ninguna me ha parecido tan del cielo como esta misa en una cabaña, a la orilla del mar, entre dos docenas de indios, cristianos nuevos, que por primera vez en su vida celebraban el misterio de la Concepción purísima de su Madre.

Terminada la misa, pregunté a Julio si se habían reunido los domingos a rezar el rosario y a la doctrina; me dijo que, no sólo los do-

mingos, todos los días, y que habían estudiado la parte de catecismo que yo señalé.

Contentísimo, a pesar de lo mal que me sentía, me puse en marcha hacia mi rústico albergue, y conmigo la gente menuda.

Al entrar vi aumentadas las estampas de la pared con dos cromos grandes, de los que les dí la vez pasada y un sin fin de rosarios pendientes de clavos. Quise saber qué significaban aquellos rosarios, y me dijeron que allí se reunían a rezar todos los días, y que cada uno tomaba el suyo y luego le volvía a dejar.

Vi que sabían muy bien la doctrina; y en cuanto me llevaron las cajas, más impaciente yo que ellos, las abrí para enseñarles los premios. ¡Bien poco era, pobrecitos! Dos docenas mal contadas de pelotas; otras tantas camisetas para los niños, y unas piezas de percal para las niñas. Para Julia y Silvestre, sendos paquetes de tabaco de Saipán. También iban dieciocho grandes canicas de cristal, que gustaron mucho.

Las pelotas llegaron justas para la chiquillería, que salió saltando de contento a dar un poco de envidia a los pobres niños que aún no son católicos.

Una preciosa bata a cuadros rojos, que vino por correo desde La Coruña, se la llevó Tecla, la hija de Silvestre, mi huésped; cuando se la puso al otro día, fué la admiración de la isla.



Yo oí a más de una mujer, cuando Tecla pasaba tan pomposa, preguntar a su madre de dónde había sacado la chica aquel atavío; y la buena Leonor contestaba, llena de ufanía, que había venido de España.

El pastor japonés de Ponapé había prometido a los suyos de Ngátik que cuantas veces hiciese el viaje el misionero católico le haría él también; y, efectivamente, en este segundo viaje mío ya no fué, por no dejar sola a su mujer que acababa de dar a luz.

Parecióme providencial la coincidencia y no quise desaprovechar la lección que de ella podía sacarse. Apenas desembarcado, me hice el contradicho con el protestante más prestigioso de Ngátik y le pregunté con fingida ignorancia: “¿Por qué no ha venido vuestro pastor? ¿pues no os había dicho que vendría siempre conmigo?, ¿bien os cumple la palabra!” El cayó inocentemente en el lazo y me dijo: “No, no, él ya iba a venir, pero le ha sido imposible porque su mujer ha tenido un niño: así me lo dice en carta que me ha mandado”.

—Pues mira—le repliqué—por esa razón nunca dejaré yo de visitar a los católicos; yo no tengo, como sabes, mujer ni hijos.

Y aquí una platiquita sobre la sabiduría de la Iglesia Católica al imponer el celibato a sus

ministros. Y el hombre reconoció y admiró la diferencia.

Me encontraba con otro protestante, y se repetía el diálogo en la misma forma: y así fuí aquella mañana de uno en otro *eumdem sermonem dicens*.

Contra mis cálculos, ni el anciano Isaac ni Mercedes han muerto aún: Isaac pudo asistir a la santa misa y comulgar algunas veces; Mercedes ha caído mucho y pronto volará al cielo.

Al día siguiente de mi llegada, Magdalena, niña de ocho años, cayó de un árbol muy alto haciéndose una herida espantosa en la cabeza, sufriendo conmoción cerebral que la tuvo sin conocimiento cuatro días. Tengo para mí que el Sacramento de la Extremaunción y el agua de San Ignacio le salvaron la vida.

Lo mismo que en Ponapé, en Ngátik ha prendido la devoción al agua de San Ignacio; se la dan también a los protestantes enfermos, y dicen que sanan. Con esto la moción a entrar en la Iglesia es muy sensible y como de la mano de Dios. ¡Cómo me buscaban los pobres jóvenes a hurtadillas de sus padres! ¡Cuántos se me hacían encontradizos en los caminos o se arribaban tímidamente de noche a la puerta de la choza!

Disuelta la ordinaria tertulia a eso de las

nueve, me puse a pasear una noche, mientras rezaba mis devociones, por entre los árboles de la orilla, en medio de la más negra obscuridad. En una de las vueltas me hallé con una persona al lado, a quien, por venir descalza, no había sentido aproximarse. Le enfoqué a la cara la lamparilla de un dinamito que llevaba en la mano. Era Intí, el maestro indígena puesto por los japoneses, joven, hermoso y listo.

—¿Tú por aquí? ¿qué buscas a estas horas?

—Nada; venía a dar una vuelta.

—No, hombre; yo te diré a qué venías: tú, en tu corazón, deseas ser católico; pero temes a tu padre, y venías a hablar de eso conmigo.

—Sí, Padrè, es verdad.

—Bien; pues yo te instruiré y después te bautizo en secreto. Toma este catecismo; estudia el Credo y el Ave María. Mañana a esta hora vuelves a darme cuenta.

A la noche siguiente, eran ya las diez e Intí no venía. Tentado estaba de recogerme a la choza, donde hacía ya tiempo dormía Luis, cuando vi una luz que se iba acercando oblicuamente; como a cien metros de distancia se detuvo; allí debió despedirse Intí de algún compañero, que se llevó la luz; él se presentó a mi lado a los dos minutos.

—¿Has aprendido el Credo y el Ave María?

—Sí, Padre—y lo dijo sin equivocarse.

—Muy bien; mañana Mandamientos y Sacramentos, y te bautizo a la orilla del mar.

Es de advertir que el “Padrenuestro” y los Misterios principales ya los sabía.

Le estuve animando, porque se le veía luchar entre la gracia y el miedo a su padre, que es muy malo.

Llegó la noche, y esperé hasta muy tarde; pero Intí no volvió. Me retiré a descansar lleno de pena, porque al otro día era mi marcha. Creí que por esta vez no volvería a ver a Intí; supuse que me lo tendrían medio secuestrado, como me han hecho ya con otros. Pero no; al día siguiente vino con dos compañeros en un bote a llevarme a bordo; me dijo que el trabajo que había tenido por la noche para preparar los sacos de copra que habían de embarcarse le impidió, con gran pena suya, acudir a la cita.

Le di los consejos del caso, y espero en Dios que a mi vuelta se bautice.

Esta vez he hecho siete conquistas: cuatro personas mayores y tres niños. Los he llamado Joaquín, Claudio, Eduardo, Santiago, Oscar, Manuela y Juana. Todos fueron bautizados con la preciosa concha que me mandaron de

Comillas, y que hasta entonces sólo en Ngátik había usado.

Me preguntaban cuándo van a tener iglesia; yo les dije que esperaba sería muy pronto; que había acudido a la caridad de los católicos españoles y que en cuanto reuniera 3.000 yens (unas 12.000 pesetas) la haríamos.

Bien sé que comparada con China o con Rusia, mi islita de un kilómetro cuadrado no tiene importancia; por eso no ha puesto Dios sobre mis flacos hombros esas regiones inmensas, sino esta cristiandad niña, nacida entre las olas, y que por ser tan diminuta no reclama sumas exorbitantes para ayuda de su vida cristiana; sólo unos cuantos miles de pesetas con que levantar una iglesia de madera a la Purísima Concepción de Ngátik.

Hasta mi próximo viaje, que será por el mes de Junio, en que volverá el vaporcito.

P. D.—Escrito esto, ha volado al cielo María de las Mercedes. Sus padres la trajeron a Ponapé en este último viaje del barco, y he tenido el consuelo de asistirle en sus últimos momentos, que han sido placidísimos, y de bendecir su sepultura presentando su dichosa alma a la Virgen como primicias de su cristiandad de Ngátik.



## NGATIK

### LA ISLA DE LA INMACULADA

Con razón podemos llamarla así, porque Ella la está conquistando para Jesucristo, y a mi paso por aquellas arenas ha puesto una vez más su planta gloriosa sobre la cabeza de la herejía, dejándola tan quebrantada que no ha de tardar en morir.

Siete meses tardó esta vez el barco en repetir su visita a las islas occidentales de Ponapé; entre las que se encuentra Ngátik; siete meses, durante los cuales ni una vela perdida en el mar ni el airón de humo de algún vapor remoto habrán cruzado a vista de aquellos isleños para recordarles que hay más mundo que el kilómetro cuadrado de arena en que ellos viven.

Salimos el 1 de Agosto: me acompañaba Luis, que había de quedarse como catequista, y así llevaba a Isabel y cuatro de los niños.

También iba José con su mujer y Juanito. Este pobre José pasa un martirio cada vez que se embarca, porque se marea profundamente;

con todo, basta que yo le indique mi deseo de que me acompañe, para que, sin vacilar, responda: lo que el Padre mande.

La verdad, que, sin él, no podría hacer nada, porque no comería: aun con todos los cuidados del pobrecito las comidas resultan algunos días harto fantásticas.

Para el viaje próximo no le mortifico más; llevaré conservas, si las tengo, y no habré menester cocinero.

Habíase corrido entre los protestantes de Pónapé que de esta vez se convertía al Catolicismo el cabecilla más influyente de Ngátik, y que tras él irían todos. Fundábase el rumor en que el tal había aceptado un banquete que le ofrecí, pues él me había obsequiado a su vez en mi primer viaje a su isla.

Alarmados estos sectarios, quisieron hacer el último esfuerzo por impedir la rendición de Ngátik a la Iglesia católica; y un grupo bien nutrido, al mando del pastor japonés y de cinco pastorcetes, se aprestaron a la defensa del quebrantado baluarte.

Me alegré cuando lo supe; que es buena señal que el demonio toque a alarma; y en estas conquistas del reino de Dios más temo que me reciban con indiferencia que a balazos; sólo en Dios confío al emprenderlas, y así en nada ten-



go el número, ni la calidad de los que son contra mí.

La noche fué mala, porque ¡hay que reírse del Pacífico! A las ocho de la mañana quise empezar a consolarme, y me levanté de la silla por ver si íbamos llegando. Vi con alegría que la isla ya se divisaba; pero un japonés vino a aguarme el contento.

—No es Ngátik—me dijo—: a Ngátik no podemos acercarnos por el mal estado del mar; ustedes tendrán que quedarse aquí hasta que vengan a buscarles en canoas.

La tal isleta, del mismo aspecto que Ngátik, aunque algo menor, no está habitada; sólo de vez en cuando van allá algunas personas a recoger los cocos.

Convencido como estoy de que el Señor tiene decretado salvar a esta gente más por medio de nuestros trabajos y sufrimientos que por nuestra industria y habilidad, tuve a buen indicio lo que parecía contratiempo y, sin pena ni impaciencia, me acomodé como pude en el bote, entre un montón de sacos y cajas y un sin fin de mujeres y niños, y allá fuimos a embestir la arena.

Mientras la profundidad era mucha, no había más que la molestia del zarandeo; pero a medida que el fondo disminuía, el peligro se iba haciendo mayor: gracias a la pericia de dos

marineros japoneses y de algunos indios, que a grandes voces se ponían de acuerdo para evitar que las olas penetrasen en la embarcación, pudimos llegar hasta donde nos fué posible echarnos al agua para recorrer bonitamente a pie lo que faltaba hasta lo seco. Ya mi buen José, más atrevido o más impaciente, se nos había adelantado nadando. Esto de darme un paseo por el mar, vestido y calzado, no es para mí cosa nueva ni rara; luego el sol se encarga de enjuguar la ropa; y las sandalias, hartas de tanto salitre, a lo mejor se rompen cuando menos fuera de desear; como el otro día, que me quedé descalzo sobre un fondo de puntas de corales.

El vapor se fué, y nos dejó en aquel desierto a seis millas de Ngátik. Allí bajó por vez primera Jesucristo sobre rústico altar improvisado, y allí se rindió a la gracia un alma predestinada.

Siempre que ocurre algún trabajo extraordinario, me lo paga pronto el Señor de la misma manera.

Entre los que venían de Ponapé, estaba un viejo protestante de Ngátik, por nombre Nampei, a quien yo ni de vista conocía. Paseándome por el arenal de la islita aquella, le encontré tendido en el suelo con señales de grave enfermedad al corazón; una hija suya le asistía. Sin preámbulos ni diplomacias, le pregunté si

deseaba hacerse católico. Me respondió resueltamente que sí. Empecé a instruirle en lo más esencial y, como la enfermedad no apremiaba demasiado, quedamos en que en Ngátik le bautizaría.

Dormido que hubimos como se pudo, y no por cierto mal, nos encontramos a la mañana con doce o catorce canoas que venían en nuestra busca. Allí estaban mis amigos, Silvestre, Luis y Lucas, que habían visto cruzar a lo lejos el barco y sospecharon lo que había ocurrido.

En dos horas y media llegamos a Ngátik. En la playa me esperaba mi *pusillus grex* y, al frente de todos, Julio. Le faltó tiempo para decirme que tenía trece preparados para el santo bautismo. Preguntóme en seguida con gran ansiedad por la iglesia, si se había de empezar desde luego. Por no contristarle, le dije que como las comunicaciones con España son lentas y difíciles, aún no sabía los recursos con que podíamos contar; pero que no dudase: que la Virgen tiene en España hijos que la quieren mucho y que no la han de negar esta limosna.

¡Oh, la iglesia! Mientras ellos no la vean, siempre andarán temerosos de que mis visitas a su isla cesen o se vayan haciendo cada vez más raras, y siempre tendrán los protestantes fundamento aparente para inquietarles, como lo hacen, propalando que el Gobierno acabará

por prohibir al Padre volver, porque los perturba y desune. Hay quien desea convertirse y lo tiene aplazado para cuando se haga la iglesia.

Resolvíme por estas razones a llevar esta vez ornamentos, cáliz, manteles... todo lo necesario para el culto, destinado definitivamente a Ngátik, donde quedó bajo la custodia de Silvestre y Leonor. Quise también señalar y medir el sitio de la iglesia y les dejé encargado que a mi vuelta me tengan hechos los pilares de coral sobre que hemos de levantarla.

Como en Ngátik no hay maderas de construcción, habrá que llevarlas de Ponapé, donde abundan. Cortarlas y labrarlas será no difícil tarea por el entusiasmo con que se prestan al trabajo los católicos de Ngátik que hay por aquí. Tres de ellos se me han ofrecido a ir en el próximo viaje a ayudar en la obra. La Providencia de Dios, que se sirve de la guerra que nos hacen los protestantes para despertar las energías de los católicos. Si ha de ser así, ¡venga lucha! Pelearemos hasta morir, que será muerte gloriosa.

Las incansables y generosas Auxiliadoras de las Misiones de Santander, me regalan la estatua de la Inmaculada. En cuanto la reciba, la llevo a su isla. Una vez allí, Ella se encargará de que se termine su templo. Triste sería

que por falta de tres o cuatro mil pesetas, tuviésemos que cubrirla de nipa que la convierta en albergue de lagartos.

Lo más saliente que había ocurrido en Ngá-tik, desde mi última visita, era la muerte del Nanikin o segundo jefe de la isla. Pude recordar a todos cómo al despedirme le había yo dicho a este hombre delante de varias personas: "Nanikin, Dios te va a castigar, porque tú sabes que estás en el error, y por codicia y respetos humanos no le dejas".

Era el tal hombre como de cincuenta años, alto y bien formado, de frente alta y despejada, noble e inteligente mirar; faltábale el pie derecho, aunque podía apoyar, con ayuda de un gran zapato, en el suelo, la pierna mutilada; llevaba siempre bastón, y su cojera no aparecía muy notable. Sabía bien leer y, desde que estuvo en Ponapé años hace, tenía el catecismo católico y daba muestras de haberle estudiado.

Se mostró desde el principio muy atento conmigo y me dió a entender que deseaba que hablásemos de religión: fui varias veces a su casa; me preguntaba y anotaba algunas de mis respuestas, y llegó a confesarme que estaba convencido de la falsedad del protestantismo. Le hice ver la obligación en que estaba, si no quería perderse, de abrazar la verdad que el Señor le descubría. Pronto comprendí que ha-

bía resistencia positiva a la gracia, y le amenacé con el castigo de Dios. Murió muy rápidamente y, según me dijeron, sin ganas de enmendarse ni encomendarse a Dios. ¡Pésima y desconsoladora muerte!

La antítesis del Nanikin fué mi neófito de la isla solitaria.

A la segunda noche de llegar a Ngátik, me avisó José que Nampéi se había agravado mucho. Cogí el farol, que era grande la oscuridad, y allá fuimos. Como ya estaba instruído más que suficientemente, le administré el santo Bautismo sin ceremonias. Vivió aún dos días, con mayores muestras de fervor sensible de lo que es ordinario por aquí. Aunque rodeado de protestantes, siempre que se le preguntaba, hacía con gran brío pública profesión de su fe y deseaba que se le ayudase a rezar. Dejéle un hermoso cromo de la Virgen al pie de la Cruz, que en aquellos días había llegado, regalo de un bienhechor de Málaga. ¡Gran consuelo para mí poner en una casa de protestantes la imagen de María! Ahora, gracias a la generosidad de este mi nuevo y buen amigo, pude repartir más de veinte estampas de la Virgen con hermosos colores, como a ellos les gustan.

Mi enfermo se acababa rápidamente, y una mañana, después de misa, le llevé la primera

Comunión por Viático. Lo dimos la mayor solemnidad y me acompañaron todos los fieles. A mis preguntas respondía el pobre con gran esfuerzo, medio ahogado por el asma: "Creo, creo; espero, espero!".

Dos días después se agravó hasta el extremo, sin perder el conocimiento; le administré la Confirmación y la Extremaunción. Por la tarde volví y, comprendiendo que no pasaría de aquella noche, me puse a leerle la recomendación del alma, con todas las oraciones de los agonizantes. Daba señales del gusto con que oía rezar.

Se llegaba la hora del rosario y, creyendo que aún tardaría la muerte, dije a Luis y a Isabel, que estaban arrodillados junto al enfermo: "Atendedle vosotros y sugeridle jaculatorias mientras vuelvo". Cuando volví, acababa de expirar y ya estaba allí reunida la isla entera.

Luis, muy consolado, me dijo cómo había conservado el conocimiento hasta el fin, y los grandes deseos que mostraba de que rezasen junto a él.

Aproveché el concurso de protestantes y me puse a hacer ponderaciones de la muerte dichosa de aquel hombre, que en siete días había ganado el cielo y, no así como quiera, sino con tantísimos méritos y la inocencia bautismal. Hice breve aplicación de la parábola de los obre-

ros mandados a la viña, y terminé repitiéndoles que quien no muera en la Iglesia católica no se salvará.

Al día siguiente, al tiempo del entierro, el mismo sermón. Allí estaban todos, chicos y grandes. Los prohombres del protestantismo se irritaron grandemente, y obligaron al rey de la isla a que me denunciase al empleado del Gobierno que venía en el barco. El japonés se rió de la denuncia; y, si no se hubiera reído, me habría sido lo mismo.

Di gracias al Señor por el regalo de esta alma y me consolé observando cómo el protestantismo se bate ya en retirada y con gran desaliento, como quien prevé que pronto se verá obligado a abandonar esta posición. Así lo confesó el más fanático e influyente de ellos, el padre del joven Inti. Como éste le pidiese permiso para hacerse católico, él respondió:

—Espera un poco, que yo creo que, según van las cosas, antes de un año todos lo hemos de ser.

Consolado con estas nuevas, no tuve en nada el que al día siguiente en que el barco apareció de regreso, me dijeran que no se atrevía a entrar en el fondeadero y que habíamos de embarcar entre las olas.

¡Qué cosa es la confianza en Dios! Por nada del mundo hubiera hecho yo en otras circuns-



tancias lo que entonces hice con la mayor naturalidad: meterme en un mal bote e ir desafiando el temporal al encuentro del barco que estaba dando vuelcos entre las olas, y trepar, entre los saltos de las dos embarcaciones, con sotana y todo, por la escala de cuerda que nos echaron.

Creo que para mediados de Octubre volveré. Estoy preparando maderas: que, además de la iglesia, hay que hacer la casita del misionero: será una habitación de  $3 \times 2,50$  ms., donde pondremos un catre, una mesa y una silla. Será la casa de todo el mundo, como lo ha sido la que he ocupado hasta ahora; grandes y chicos me acompañaban de la mañana a la noche; los más tímidos y los más discretos se retiraban durante mis rápidas comidas; otros, ni eso. Por la noche, como Luis no podía quedar conmigo, allí se echaban junto a mi silla Antonio, Lucas, Felipe y Juan. Rezábamos juntos las oraciones, les hacía un poco de examen de conciencia, les daba la bendición, y a dormir en la amable compañía de lagartos y lagartijas.

Las últimas noticias que mi sucesor el Padre Berganza me da de Ngátik son gratísimas: ya falta muy poco para que el protestantismo desaparezca de la amada isleta.

A principios de Julio—dice—estuve por

Ngátik; llevé la campana que de ahí nos enviaron; no hay que decir si se pusieron contentos. La lástima fué que no se pudo colocar en seguida por falta de elementos; en el próximo viaje del barquichuelo del Nambo se les enviarán algunas maderas a propósito para el caso. Campana tan hermosa bien merecía una torre; pero ¿quién piensa en torres por ahora? Sobre todo estando la iglesia tan pobre en otras muchas cosas: candeleros, manteles de altar, lámpara, algunos jarrones para flores, cruz procesional, paño humeral, alguna capa pluvial, alguna alfombra, etc., etc., misal.

Los cristianos tan fervorosos gracias a la vigilancia y celo del fervoroso Julio que todos los días reza el rosario con los que asisten, y los domingos el Vía-Crucis por la mañana y el rosario por la tarde. El también enseña el catecismo a los niños. Por fin se da a traer otros protestantes, y por cierto con éxito; diez y siete ha bautizado el año último. Con éstos los católicos residentes en Ngátik suben a unos ochenta; con los que viven fuera pasan de cien. Entre los bautizados este año por Julio es digno de mención un niño de 6 años. Su padre es católico, su madre protestante; se casaron siendo aún ambos protestantes; pero habiendo enfermado él y quedado imposibilitado, ella le abandonó llevándose los dos niños que tenían. El hombre

se hizo católico después, llamándose Francisco. De los dos niños el uno murió protestante; al otro ya enfermo consiguió Julio de la madre que se lo dejase bautizar. Estando también éste ya para morir, le dice a su madre: "Mamá, ¿no ves ahí a María Santísima?" Así se lo aseguró ella a Julio, y lo repitió también delante de mí, aunque ella dice que nada vió. Quería volver a unirse a su marido y hacerse católica, pero su familia se lo estorbó por entonces.

Este año el Señor los ha probado con una epidemia, de *disentería* por todas las trazas, que se ha llevado varias personas, casi todos niños o gente joven; entre otros—si se acuerda V. R.—Camilo, el marido de Asunción, y Antonio, hijo de Eduardo. También ha muerto, aunque no de la epidemia, la mujer de Julio, por cierto, días antes de mi llegada.

Se aprovecharon bien los nueve días que estuve con ellos; también tuve mis conferencias con grupos más o menos numerosos de protestantes y con el rey en su propia casa, y creo que a él personalmente no le costaría venir a nosotros, pero parece que hay quienes le retienen. Al día siguiente, estando para embarcarme, vino con mucho afecto a despedirme.

De Ponapé, ¿qué le contaré? También aquí el Señor ha cargado un poco la mano con lo

de la epidemia. El primero en caer fué su gran amigo el rey de Jokaj. Ya le escribí cómo al fin se había separado de Clara, pero para cogerse otra también católica. El Padre Lasquíbar le urgió mucho, así como también a los padres de ella; pero con muy buenas palabras, no pasaban adelante. Por fin cayó enferma la madre de la muchacha, y vinieron a buscarme; yo quise primero enterarme bien quién era la causa de que las cosas continuasen así, y me fuí a casa del rey; porque, por más que había llamado a la muchacha, ésta nunca se presentaba. Con este motivo hablé también con el rey; le hablé de hacerse católico; me respondió que sí; pero que era cosa muy seria, que no quería hacerlo a la ligera, etc., lo mismo que había dicho el Padre Lasquíbar hacía seis meses. Lo que aparecía claro era que temía lo que había de decir la gente; es decir, los protestantes. Por otra parte me confesó—lo que no suelen hacer otros protestantes de por aquí—que Jesucristo no había instituido sino una Iglesia; ahora que él no sabía cuál era ésta:

—Usted está en un bote, yo en otro; uno solo llega al puerto; cuál, yo no lo sé.

Son palabras suyas.

—Sea de esto lo que fuere—le contesté—, lo que es cierto es que usted, católico o protestante, viviendo como está viviendo, se condena;

porque el mandamiento de Dios está claro. Y mire usted que usted no es ya joven; el día que usted menos se piense, Dios le puede llamar. Además, ¿qué haría usted si oyese que el *Opif* (1) ha dado un *Kujonet* (2) de mucha importancia y que amenaza con grandes castigos al que no lo cumpla?

—Me enteraría.

—Muy bien, pues usted mismo se condena; usted se enteraría de dicho *Kujonet* del *Opif*, ¿y no trata de enterarse del *Kujonet* de Dios, principalísimo, que nos prescribe cómo quiere ser honrado de nosotros? Usted tiene en más al *Opif* que a Dios; estima más a los hombres que a Dios.

Así le dejé: a la semana de esto, cayó enfermo; volví a su casa. Quiso arreglar su conciencia, y aceptó hacerse católico. Estaba grave; así que le administré el Santo Bautismo en el acto; e inmediatamente los casé. Todavía vivió tres días, durante los cuales le administré los demás sacramentos. Días después enfermó también el padre de la muchacha, católico; y asimismo murió, gracias a Dios, después de recibir los Santos Sacramentos.

Quien también ha muerto, como él mismo se lo comunica, es la esposa de Domingo, Es-

(1) Oficina del Gobierno.

(2) Orden.

peranza, de la misma enfermedad, dejándole sólo un niño. Y, además, varios otros, casi todos jóvenes o niños; es de esperar que en buen estado, pues todos han podido recibir los Santos Sacramentos. Esperanza se pasó los últimos días escuchando rezos y cánticos religiosos, en los cuales ella misma tomaba parte; sólo en Ponapé se muere así.

Ha sido nombrado por elección jefe de Jokaj, sin título de rey, Diego, el hermano de José.

Para terminar, voy a añadir dos palabras sobre Ngátik. Los católicos que actualmente hay allí son 93. Con los que hay aquí, y dos familias que están en Marshall, pasarán de 120. Son además bastantes los que han muerto, algunos de los cuales le he indicado arriba. El año pasado hubo 16 convertidos; en éste ha habido 18. Entre éstos se cuentan Nelpert, hijo de Julio, aunque adoptado por otro—su mujer y cinco hijos se convirtieron el año pasado—; Iptoa, hermano de Julio, mayor que él, muy prestigioso entre los protestantes, y hasta este año muy obstinado en el protestantismo: con él ha venido su familia; Benjamín, el “kaiko” de los protestantes, a quien, según me dijo él, V. R. trató de atraer, mas entonces no estaba aún maduro; éste estaba ya viudo, y se ha casado con M.<sup>a</sup> Ascensión, hija de

Eduardo, también viuda; Eluei, a quien V. R. dió un catecismo que conserva; con él ha venido su familia, sino es la mujer de un hijo suyo; Tanel, el único hijo de Ana que quedaba en el protestantismo, solía hacer de maestro entre los protestantes; hasta el año pasado estaba tan fuerte en el protestantismo, que amenazó a su madre romper con ella si volvía a hablarle de hacerse católico; con él han venido todos sus hijos—cinco—; una hija tenía ya de antes católica, casada con Alpert, el hijo mayor de Mariano. Con esto la fervorosa Ana está como para cantar el “nunc dimittis”. Ya ve si Julio está haciendo allí buena labor, y todo gratis, más aún, desatendiendo sus cosas por cuidar de los cristianos; en otra islita cercana tiene un cocotal que solía producirle 4 toneladas de copra al año; y conro él ahora está viudo, no tiene quien se le cuide ni vaya a hacerle la copra. El año pasado, al poco tiempo de quedar viudo, me decía:

—Yo quisiera quedar ya así para siempre.

Y ¡vaya que si lo cumple, y bien! Por otra parte siempre tan dócil, tan humilde, tan deseoso de instruirse, tan amante de la misión. Gracias a Dios, no faltan otros que también le ayudan. Uno de los que yo más espero ahora es Benjamín (ahora Gabriel), hombre muy se-

rio, muy recto e instruído para lo que aquí se puede pretender.

Para la campana que V. R. les envió, ellos mismos han construído un campanario, que ya quisiera yo lo viese V. R. ¡Lástima de fotografía! El constructor ha sido Joannej (en tiempo de V. R. *Jhon*), a quien bautizó aquí el Padre Lasquívar.

Es tal la envidia que les ha entrado a los protestantes, que hasta llegaron a pedir por medio del rey el campanillo que hay en el interior de la iglesia. Pero sí, ¡a buena parte vas! “Anda, que sigan con su cuerno”, como dice Eduardo.



## ÍNDICE



JULIO HERRERA ORIA, S. J.

	<u>Páginas</u>
A nuestra querida misión de Wuhú.	
De Barcelona a Colombo . . . . .	7
De Colombo a Singapur. . . . .	18
De Singapur a Shanghai. . . . .	27
Distrito tenemos . . . . .	37
El personal . . . . .	49
Nos codeamos con el Mandarín . . . . .	57
Tsingyang-Anhwei.	
Visita a las cristiandades . . . . .	73
Una visita a la cristiandad de Fan-Chang (Anhwei) . . . . .	119
El incendio . . . . .	133
Anhwei-China	
Dos predestinados . . . . .	145
Una tortolica, una pagoda, una paloma torcaz, un centenar de pagos y un sastre	153
Las fiestas del Año nuevo en China . . . . .	161
Historia de un catecúmeno . . . . .	173
La última página de «El Siglo de las Mi- siones» . . . . .	192
Tsingyang-Anhwei.	
A la escuela. . . . .	205

LUIS HERRERA ORIA, S. J.

	<u>Páginas</u>
Un paraíso en medio del Océano. . . . .	
Lo que es la isla de Ponapé.—Carta primera. . . . .	223
Carta segunda. . . . .	239
A las alumnas del Colegio del Sagrado Corazón de la Habana. . . . .	248
El Viático y las doctrinas en Ponapé.	254
Los de Nanipil. . . . .	267
Flores del Trópico.	
El pequeño Jesús. . . . .	276
Beato y Beata. . . . .	283
Juliana. . . . .	288
Rosa y Catalina. . . . .	294
María Concepción. . . . .	304
Otra María Concepción y un fogone- nero. . . . .	309
El pajarito de Lángar. . . . .	315
Doce días en la isla de Ngátik. . . . .	325
Diálogo en un banquete. . . . .	345
Segunda visita a la isla de Ngátik. . . . .	353
Ngátik.	
La isla de la Inmaculada. . . . .	363

A. M. D. G.